L47
4206

SERRA. — LEYENDAS, CUENTOS Y POESÍAS. 1876.

LEYENDAS,

CUENTOS Y POESÍAS

ORIGINALES

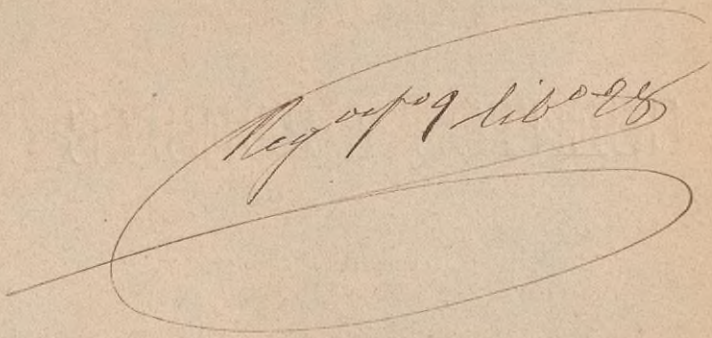
DE D. NARCISO S. SERRA.

3672

MADRID,
IMPRENTA Y LIBRERÍA DE EDUARDO MARTINEZ
(SUCESOR DE ESCRIBANO),
CALLE DEL PRÍNCIPE, 25.

1876

P. C. de D. Narciso Serra,
Eduardo Martínez



ES PROPIEDAD DEL AUTOR.

28-6ª (6n) L47-4206

Á S. M. EL REY

SEÑOR DON ALFONSO XII.

Vos, Señor, sin más inspiracion que la vuestra, sin hacerme yo presente, os acordásteis del pobre poeta, enfermo hace quince años; razon que éste no os olvide y os ofrezca la dedicatoria de este libro, nacido entre las lágrimas que le arranca la cruel enfermedad.

Aceptadle, Señor, como agradecido tributo de vuestro más leal súbdito

Narciso S. Serra.

EL POR QUÉ ESCRIBO YO ESTE LIBRO.

EL POR QUÉ ESCRIBO YO ESTE LIBRO.

El que traza penosamente hoy estas líneas, escribió con pluma fácil en otro tiempo las obras de teatro intituladas *La Boda de Quevedo*, *El Reló de San Plácido*, *Don Tomás*, *Un Hombre importante*, *Luz y Sombra*, *El Loco de la Guardilla* y bastantes más.

Ha escrito últimamente una y otra, que son dos, y alguna más tambien; las ha dado al teatro; y pasa tiempo, y no poco, y no se las representan. «¿Por qué será?» se pregunta á sí con frecuencia, y no se atreve á darse la triste respuesta que al momento le ocurre.

Harto de escribir, se ocupa en leer, y ha tropezado estos dias con el Prólogo de las *Comedias de Cervántes*, y ha visto que hoy tiene con el gran escritor la semejanza de ser manco de la mano izquierda, tartamudo y pobre; y le han llamado mucho la aten-

cion estas otras semejanzas. Dice el mismo autor del *Quijote:* «Compuse hasta veinte comedias ó treinta, que todas ellas se recitaron sin que se les ofreciese ofrenda de pepinos ni otra cosa arrojadiza; corrieron su carrera sin silbos, gritas ni barahundas.»

Lo mismo puede Serra decir de las suyas, que han de ser unas cincuenta. Lo que es hasta hoy, me hallo vírgen de silbas. Quizá por conservarme este envidiable privilegio, no se representan mis tres comedias estancadas. — Gracias: págueselo Dios á quien así mira por mi crédito. — Sigue hablando Cervántes, y continúa el parecido. «Pensando que áun duraban los siglos donde corrian mis alabanzas, volví á componer comedias; pero no hallé pájaros en los nidos de antaño; quiero decir que no hallé autor (*entiéndase*, empresario) que me las pidiese, puesto que sabian que las tenia; y así las arrinconé en un cofre, y las consagré y condené á perpétuo silencio.» Creo que hizo lo que debia el Sr. Miguel. Amigos tendria, como yo, en el teatro: cuando un empresario no representa una obra dramática, es que no la puede ofrecer al público, es que no puede sacar provecho de exhibirla, porque no es para las tablas, porque no es buena. Yo, que no soy Cervántes, no he debido aguardar á que me las pidiesen; las he ofrecido al teatro, y... nada, no tienen salida; en algo consiste: la comedia buena, se hace, sea de amigo ó no. Cervántes, aunque amoscado, ha-

lló al fin un librero que le compró las suyas, y se las imprimió; — ahora no se usan en España editores que compren comedias *nunca representadas*, como se les puso á las de Cervántes en la portada, y no por sambenito; — allá en Alemania parece que se componen é imprimen obras de forma escénica, destinadas únicamente á la lectura: tal moda no se ha introducido áun aquí.

Pues ahora bien, la mano que áun no tengo impedida y que necesita dar de comer al resto del cuerpo baldado, condena al silencio del olvido sus versos inútiles para el teatro, y escribe y publica otros, para ver si éstos son admisibles en la lectura de gabinete; — para ver si es verdad un letrero que leí en Ávila, grabado en piedra debajo de una ventana, y dice: «Donde una puerta se cierra, otra se abre.» Me cierra las suyas el teatro; llamo á las del público. Para que me las franquee benévolo, no estará de más recordarle que el que se le presenta con este librejo en la mano es autor de obras que todavía se sostienen en la escena española; y eso que faltan ya los principales actores que en otro tiempo les dieron vida, les dieron alma: don Julian Romea, don Joaquin Arjona, don Antonio Guzman, don Francisco Salas, etc. Sucesores les quedan; bien que no falta quien diga que no son ni bastantes ni equivalentes. De mí, que soy ya sucesor de mí mismo, quizá se pueda decir otro tanto; pero ¡válgame Dios! algo quedará toda-

vía, en el que soy, del otro que fué. Peor que me veo, me he visto; quizá recobre un dia parte de mis memoriales extraviados; quizá pueda reformar un dia las tres comedias, que hoy se ven rechazadas en el teatro; quizá llegue á escribir otras, que no sufran repulsa. Entre tanto, por si esto no sucediere, ruego al público se digne conservarme ó devolverme algo de aquella benevolencia con que en otro tiempo me favorecia. Demasiado conozco (permítaseme por primera vez de mi vida una pedante cita en latin) que estoy como aquel pobre hombre que dijo de sí, viéndose ir á viejo, que es mal viaje y peor lugar:

Non sum qui fueram; periit pars maxima nostri.

MATADOR Y SANTO.

MATADOR Y SANTO.

I.

— ¿Con que es cierto, Rita, es cierto?
¿Es la horrible realidad?
¿Te he perdido para siempre?
¡Tú casada con Colás,
debiendo ser mi mujer
del mundo entero á la faz!
Y ese hombre, ese hombre maldito,
su esposa te llamará,
te colmará de caricias,
te tendrá en sus brazos... ¡ay!
Y miéntras él está dentro
de su dicha conyugal,
yo estoy solo como un buho,
consumiéndome de afan;
pero tú, Rita, me amabas,
no me lo quieras negar.

¿Cómo en ausencia tan corta
obrarse mudanza tal?
— ¡Qué quieres, Anton, qué quieres!
cuando la necesidad
obliga, no hay más remedio
que obedecer y callar.
Mi madre es viuda y muy pobre,
las pocas tierras, que están
á medias con quien las labra,
casi dan para pasar.
Un condenado pedrisco
me ha cogido el garbanzal,
y se me ha muerto la vaca
cansada de trabajar.
Era de Colás la casa
en que vivimos, Colás
nos arrojaba de ella
no pudiéndole pagar.
Mi pobre madre lloraba,
lloraba... lloraba... ¡ah!
Tú no sabes lo que es
ver á una madre llorar.
Colás de mí enamorado
estaba, siempre detrás,
y que entre él... y mi madre...
y los apuros que...
— Ya.
— Ya te habias ido tú

á otros pueblos á segar
y no volvias...
— Porque
me doblaban el jornal;
porque yo miraba mucho,
mucho, por tu bienestar;
porque decia: «ella es pobre,
pero con esto podrá
salir adelante, y luégo
casándonos, claro está,
yo trabajaré sus tierras
y más producto darán;
pero...»
— Cállate, Anton, cállate,
si no me quieres matar.
— Pero te has casado.
— Sí.
— Y no eres mia.
— Es verdad.
— ¿Luego tanto prometer
y jurar y perjurar,
era mentira?
— No.
— Sí.
— No lo era, no puedo más,
Anton, porque yo te adoro
con toda mi voluntad.
¡Oh! Sí, y ha sido preciso,

para llevarme al altar,
que llegara el caso un dia,
Anton, de faltarme el pan,
y mi madre...
— Vida mia,
¡cuánto consuelo me das!
No llores más, cielo mio,
no puedo verte llorar.
— Colás tiene celos.
— Sí.
— Desde que en el pueblo estás,
me martiriza y me encierra
en mi casa...
— ¡Voto va!
— Sin embargo, puedes verme:
el domingo bebe más
que otros dias; le hurtaré
yo la llave del corral,
y á las once de la noche
puedes venir.
— Bien está.
— Adios, no quiero que noten
mi ausencia.
— ¡Trance fatal!
— Adios, amor mio.
— Adios.
— Que no me olvides.
— Jamas.

II.

Esta escena, ó lo que sea,
pasaba en un caseron
situado en un callejon
de una risüeña aldea.
No me acuerdo del lugar
ni la época á cierto punto,
mas me acuerdo del asunto
que te quiero relatar.
Rita y Anton son amantes;
para poderse casar,
Anton se marchó á segar
á pueblos algo distantes.
Ausente estuvo un verano,
dejando la novia atrás,
y miéntras tanto, Colás
tuvo de Rita la mano.
Cuando el pobre Anton volvió
y supo el caso, por poco
no le vuelve el dolor loco;
tanto fué lo que sufrió.
En una fresca mañana,

LIBRERIA É IMPRENTA DE EDUARDO MARTINEZ PRINCIPE, 25, MADRID SUCESOR DE ESCRIBANO

rondando él la calle de ella,
miró que estaba su bella
asomada á la ventana.
Se acercó sin hacer ruido,
entrambos á dos se vieron,
y entrambos á dos tuvieron
el diálogo que has leido.
Colás no se duerme, mas
ella es hábil y mujer,
y no tiene que temer
que no se duerma Colás.
Dejemos á Anton y Rita
y Colás, todos los tres,
hasta el domingo que es
á media noche la cita.

III.

Es domingo, su mañana
de una manera esplendente
adorna el cielo riente
con nubes de blanco y grana.
Sopla la brisa ligera,
el sol alumbra templado,

alegre pasta el ganado
en la lozana pradera.
Dejando su blanda cama
y veloces en su vuelo,
las aves cruzan el cielo
para posarse en la rama.
Todo respira alegría,
naturaleza se ufana;
es una hermosa mañana
la mañana de aquel dia.
Toda la gente está en misa,
mas ésta acabada ya,
empujando á todos va
un grupo más que de prisa.
Eran Macario y Alejo
y otros tres que tienen fama,
pues todo el pueblo los llama
boleadores del concejo.
— Me habeis dado un empujon,
le dijo Anton, que salia.
— Perdona, por vida mia,
no te habia visto, Anton.
— ¿A dónde vais?
—A bolear, (1)

---

(1) Juego que consiste en lanzar unas bolas de hierro muy pesadas á la mayor distancia posible.

y es ya tarde; entra Macario,
que es un hombre extraordinario
por lo que sabe alargar;
él, contra tres de nosotros,
me parece buen partido,
por lo ménos muy reñido.
— Aguarda, voy con vosotros.
Veremos nuestras fortunas,
buena ó mala cada cual,
aunque hoy bolearé yo mal,
porque me encuentro en ayunas.
— ¿Cómo en ayunas y son
las siete? Tu calma alabo.
— Tan en ayunas, que acabo
de tomar la comunion;
ayuno estoy, mas no importa,
con vosotros jugaré
á las bolas, no seré
yo quien la deje más corta.
Adios, Macario...
— ¡Anton mio!
— Soy tu contrario.
— ¿Qué, vienes
á jugar?
— Aquí me tienes;
andando se quita el frio.
Quien las maneja veamos
mejor; ea, se acabó.

¿Quién lleva las bolas?

— Yo.

— Pues vamos á jugar.

— Vamos.

IV.

Iban nuestros seis mancebos
del rio por la ribera,
más alegres que unas Páscuas,
en la mañana serena:
todo en derredor sonrie,
el rio las aguas lleva,
alegres, las cabras saltan,
los ruiseñores gorjean;
aun no estarian distantes
del pueblo un cuarto de legua,
cuando en un terreno inmenso
cubierto de blanca arena,
— Este es buen lugar, dijeron,
para empezar la pelea.
— Empiezo, pues, dijo Anton,
y tira su bola, y llega
hasta una larga distancia.

— Buen tiro, pero no temas,
dijo Macario, que aun hay
quien la haga correr más tierra;
y sirviéndose del brazo
como de una honda, suelta
la bola, que fué á parar
por lo ménos varas treinta
de la de Anton. — Eso es
tener fuerza y más que fuerza,
dijo Alejo: — Allá voy yo. —
Tiró la bola muy cerca.
— Esta no vale, me ha dado
un dolor en la muñeca
tan penoso, que solté
la bola más que de priesa.
Tiró otra vez, ganó á Anton;
ninguno á Macario llega.
Macario la bola toma,
y cuando el brazo rodea,
le muerde la infame bola
(que tenia una escrescencia
de algunas líneas saliente);
al sentir el dolor, suelta
la bola, y le fué á pegar
á Anton sobre la cabeza.
— ¡Ay! — Dijo Anton, y cayó
dando de bruces en tierra.
— Perdóname, Anton, ha sido

sin mi voluntad. — No alienta.
— Anton... Anton... — está muerto.
¡Maldita mi suerte sea!
Anton, mira — ¡ay! ¡Ay! No mira;
háblame, Anton.
— ¡Quién creyera...
— Sí, está muerto; huye, Macario,
huye, ántes que en la aldea
sepan su muerte; nosotros
somos testigos de que era
jugando, mas la justicia...
huye, pues, no te detengas:
toma mi dinero.
— El mio.
— Y el mio.
— Y el mio.
— Quiera
Dios que puedas ocultarte
y que mejor tiempo venga.
— Adios: á mi pobre padre,
decidle...
— Vamos, ¿qué esperas?
— Adios, amigos.
— Adios.
Guíete la Magdalena.

V.

Sin nadie en su seguimiento,
mas con miedo extraordinario,
iba corriendo Macario
que no le alcanzaba el viento.
En una frágil barquilla
que junto al rio encontró,
subió ligero y se halló
del rio en la opuesta orilla.
Sólo dos panes compró,
en un pueblo allí cercano;
no estaba el bosque lejano
y Macario se emboscó.
Todos con animacion
en la aldea retozaban,
miéntras los mozos cargaban
con el cadáver de Anton.
Acabó el sol su carrera
y vino la noche umbría,
haciéndose oscura y fria
de tan hermosa que era.
Sólo en una callejuela
hay una luz encendida;

la aldea está amortecida,
Colás duerme, Rita vela.
En su rostro se conoce
la intensidad de su afan,
y las nueve y las diez dan,
luégo las once y las doce.
Y aunque á Anton esperó Rita,
como era de presumir,
creo inútil añadir
que Anton no acudió á la cita.

VI.

Tres años, ó más de tres,
el buen Macario vivió
ocultándose en los bosques
como si fuera un ladron,
temblando como el azogue
de la justicia á la voz,
durmiendo en ocultas cuevas
y calentándose al sol;
y aunque léjos de su patria
la fortuna le llevó,
siempre que á algun hombre mira,

cree ver el gesto feroz
del alguacil de su aldea,
intimándole á prision.
Un dia, al atravesar
por cierta ciudad, oyó
una campana, entró al templo
y allí en devota oracion
estábase un monje grave,
tan embebecido en Dios,
que ni vió á Macario, ni
de sus pasos el rumor
llegó hasta su oido, aunque
junto á él se arrodilló.
Rezaba el monje y rezaba
Macario, y ambos á dos
mandaban entre suspiros
sus súplicas al Señor.
Por fin levantóse el monje,
con paso tardo llegó
á un confesonario, y
tocado en el corazon
Macario, corrió hácia él
y dijo en trémula voz:
— Por compasion, padre mio,
escuchadme en confesion.
— En buen hora, — el monje dijo
— Mas serenaos.
— Señor,

huyó la serenidad
de mi pobre corazon,
y mi delito me pesa
de una manera feroz,
y mi delito es horrible:
he muerto un hombre.
— ¿A traicion,
ó en defensa?
— Sin querer,
jugando á las bolas; yo
solté la mia, y con ella
le dí un golpe tan atroz,
que lo maté; desde entónces
huyo, como malhechor,
de las gentes, y su sombra
me persigue con teson.
Yo era honrado, yo era bueno;
mas ahora, que sé que soy
sólo un asesino, espanto
me causo á mí mismo, yo,
y maldigo mi existencia.
— Los altos juicios de Dios
acate, y no desespere,
que la desesperacion
es un pecado gravísimo,
y tal vez mucho mayor
que el pecado primitivo
por cuya causa nació.

— Yo queria al muerto, era
mi camarada mejor;
y darle muerte yo mismo...
¡Oh! ¡Pobre Anton, pobre Anton!
— ¡Anton se llamaba!
— Sí.
— Se llamaba como yo.
— ¿Qué sois de esta santa casa?
— El abad, el superior.
— Padre mio, yo no puedo
mostrarme á la luz del sol,
y soy yo sólo; tenia
padre, mas sabe el Señor
si existirá; necesito
vivir en la expiacion:
la paz de esta casa santa
halaga mi corazon;
¿quereis admitirme monje?
— Hijo, medite el rigor
de nuestra regla.
— No importa.
— No es para un dia ni dos
el ser monje.
— Ya lo sé.
— El ayuno, la oracion,
el cilicio...
— ¿Hay más cilicio
que el que estoy sufriendo yo?

¡Si me está ahogando la pena,
si siento mi corazon
que se me deshace en lágrimas
que queman con su calor!
— Tres dias te doy de plazo:
si al cabo sigues como hoy,
vuelve á buscarme; á tiempo
estás de decir que no:
ahora, absuelto, tomarás
la sagrada comunion.
Y absolviéndole el buen padre,
Macario al bosque tornó,
y pasó tres dias, sin
cambiar de resolucion.

VII.

Hizo bien el buen abad
en admitir en el templo
á Macario, que es ejemplo
de los hombres de su edad.
Fué en admitirle oportuno,
pues añadia el novicio,
á un cilicio, otro cilicio,

á un ayuno, nuevo ayuno.
Siempre modesto al andar,
siempre humillada la frente,
tenia tan solamente
los labios para rezar.
Y así huyendo los engaños
del mundo, entregado á Dios,
se pasaron uno, dos,
tres, cuatro, cinco y seis años.
Sólo era su sociedad
el abad Antonio, que,
andando los tiempos, fué
luégo San Antonio Abad.
— Óyeme con atencion,
le dijo un dia; he venido
para buscarte, he tenido
hoy una revelacion:
voy á descorrer el velo;
escúchame y no te asombre
lo que yo te diga:—El hombre
que mataste, está en el cielo.
No murió sin confesion,
que limpia su alma se hallaba,
y cuando murió, acababa
de tomar la comunion.
Él tiene en el cielo palma,
y la muerte le ha librado
de cometer un pecado

que condenaba su alma.
En vez de ser impiedad,
por aquella herida abierta,
tú le franqueaste la puerta
de la alegre eternidad,
y él fué de la gloria en pos:
ahora te convencerás
de que Dios lo hizo, y más
que los hombres, sabe Dios.
Bastante tiempo has vivido
á todos edificando
en este convento, dando
ejemplo de arrepentido.
Busca soledad completa
que tu santidad complete,
santidad bendita, vete
al yermo, sé anacoreta.
Vete al yermo, porque allí
me acaba de revelar
Dios, que tiene que obrar
un gran milagro por tí.
En tu peregrinacion,
acuérdate de este anciano,
que al estrecharte la mano
te da todo el corazon.
Abrázame, así verás
el pesar con que te dejo;
tú eres jóven, yo soy viejo:

ya no nos veremos más.
Nuestra santa religion
defiende siempre con brio;
Dios te acompañe, hijo mio,
llévate mi bendicion.

VIII.

Y al yermo marchó Macario,
y en las entrañas de un monte
cuyas asperezas nunca
pisó la planta del hombre,
fabricó una estrecha ermita
y dentro de ella acogióse:
entre tanto, redoblaba
los ayunos y oraciones,
y en el milagro esperando
no halla milagro que obre,
y pasan dias y dias,
y pasan noches y noches,
siempre los años corriendo
y siempre rezando el monje.
Estando una vez orando,
se abrió su puerta de golpe,

y un hombre, con un puñal
armado, veloz entróse.
— ¿Qué quereis? dijo Macario.
Y él — Asilo, respondióle.
— ¿Asilo? ¿Quién os persigue?
— La justicia y muchos hombres.
Atravesaba una calle
de la ciudad, cuando un choque
sentí en los piés; era un muerto,
la curiosidad movióme,
y le saqué este puñal
del pecho; en esto, veloces
llegaron dos alguaciles
y sin tomar más informes,
— ¡al asesino! — gritaron;
doy á correr, ellos corren;
un escribano del crímen
y el corregidor los oyen,
y corren tambien; el pueblo
viene tras mí; de este bosque
me amparo; pero me siguen,
ahí están, vienen feroces:
salvadme vos; mi inocencia
juro ante Dios que me oye.

IX.

Suspenso quedó un instante
el buen Macario; miró
á aquel hombre, y no leyó
la mentira en su semblante.
En esto se precipita
en la ermita mucha gente,
tanta, que era insuficiente
á contenerla la ermita.
— ¿Qué buscais con tal furor
y con afan tan prolijo?—
Adelantóse uno y dijo:
— Yo soy el corregidor.
Busco un asesino, y al
que hizo semejante exceso
he de llevármele preso,
sea por bien ó por mal.
— Pues andad más oportuno
en buscarle por ahí,
Corregidor, porque aquí
no hay asesino ninguno.
— ¿Cómo no? Y le estoy mirando...

— ¿Le habeis visto herir?
— Yo no;
mas sé que él es quien hirió.
— ¿Cómo y cuándo?
— ¿Cómo y cuándo?
Eso es lo que no sé yo;
pero cuando él corria
de la justicia, tendria
algo en la conciencia.
— Ó no.
Que tales son los reflejos
del sol de justicia humana,
que mucho en ello se gana
recibiéndolos de léjos.
— En fin, él está aquí...
— Es claro.
— ¿Le defendeis?
— Le defiendo.
— En nombre del Rey, le prendo.
— En nombre de Dios, le amparo.
— Si las ermitas benditas
han de ser en casos tales
asilo de criminales,
más vale que no haya ermitas.
Ea, venid de mí en pos.
— No irá.
— Respeto á la ley:
le prendo, en nombre del Rey.

— Le amparo, en nombre de Dios.
— En mi poder está ya
y no encuentro quien le ampare,
á no que el muerto declare...
— El muerto declarará.
— ¿Qué decís?
— Que á Dios consagro
cuanto valgo y cuanto soy,
y con su licencia, voy
á intentar ese milagro.
Díjome léjos de aquí
un profeta singular,
que Dios tenia que obrar
un gran milagro por mí.
Sea éste, y ya patente,
libre de toda malicia
su inocencia, la justicia
deje en paz al inocente.
— La muerte es un hecho cierto.
— Él carece aquí de amigos.
— ¿Hay testigos?
— No hay testigos.
— Pues preguntárselo al muerto.
¿Cuál es vuestro nombre?
— Anton
Diaz.
— ¡Anton! Ahora creo
en el milagro; en él veo

sólo una reparacion:
vamos, pues, á la ciudad
donde está el cadáver.
— Sí,
muerto y bien muerto.
— Y allí
sabremos la gran verdad;
vamos, y tened por cierto,
ya que tanto dudais vos,
que, si lo permite Dios,
hablará el muerto bien muerto.

—

Se fueron sin decir más
de la ermita silenciosa:
la muchedumbre, curiosa,
los fué siguiendo detras.
Iba delante Macario,
detras el corregidor,
detras Anton con pavor
iba, y detras iba el notario;
y en esta conformidad,
los pasos aceleraron,
y todos juntos tomaron
la vuelta de la ciudad.

X.

Hay en la ciudad, en la
casa del Ayuntamiento,
una sala á piso bajo
donde se exponen los muertos
encontrados en la calle
ó en los caminos, y habiendo
quien los reconozca, entónces
se da parte del suceso
á la familia, y si no,
se les dispone el entierro
por cuenta de la ciudad;
esto es, en el cementerio
de una iglesia cualquiera,
se da sepultura al cuerpo;
la sala es húmeda y fria,
un entarimado en medio,
como á dos palmos de altura,
todo pintado de negro;
su único adorno, allí
la araña teje su velo,
para las moscas que posan

con la cara de los muertos,
y que entran por la ventana,
abierta de medio á medio.
Todo es oscuro allí, todo
tiene repugnante aspecto;
en la tarima tendido
yace un cadáver; el pecho
de ancha herida atravesado,
muestra sus bordes sangrientos,
y la sangre coagulada
despide un olor infecto.
Allí están Anton, Macario,
el corregidor y el pueblo;
y así habla el Corregidor,
tras de lúgubre silencio.

XI.

— ¡Oh! Pecho partido en dos,
que apareces ante nos,
para cumplir con la ley,
si te lo permite Dios,
responde en nombre del Rey.
Habla, y que tu matador

no se acoja á santo abrigo
huyendo nuestro rigor,
no hay sinó tú más testigo,
ni puede haberle mejor.
Sospecha hay del delincuente;
pero tu declaracion
mostrará el hecho evidente;
dínos si te ha muerto Anton
Diaz, que está aquí presente.
Callóse; entónces Macario
hasta el cadáver viniendo,
besó un santo escapulario
y el brazo tendió, teniendo
en la mano su rosario,
y dijo: — Muerto que estás
en la divina presencia;
á Dios le pido licencia
para que hables y hablarás,
librando así la inocencia.
Yo le doy mi bendicion
á tu materia, que es ya
presa de eterna inaccion:
Dínos si te ha muerto Anton
Diaz, que presente está.
Medio cuerpo levantó
el muerto, el brazo extendió,
y con esfuerzo no humano
hizo una cruz con la mano

y dijo: — *Juro que no.* —
Cayó otra vez hácia atras
sin descomponer la cara,
pálida á no poder más,
y quedó tendido para
no levantarse jamas.
Resonó en la alta techumbre
y en los aires se perdió,
el ¡*ah*! exclamado que dió
la asombrada muchedumbre
cuando el milagro se obró.
Nadie se atreve á turbar
el silencio reverente
que dejó el muerto al hablar;
sólo tiene aquella gente
los ojos para mirar.
Todos miraban callando,
por fin el corregidor,
con severa voz de mando,
rompió aquel silencio, dando
una prueba de valor.
— Estais inocente, Anton,
porque á tal declaracion
no hay más que cerrar la boca;
ahora, padre, á vos os toca
lo mejor de la funcion.
Que ha hablado el muerto es lo cierto;
mas de su muerte el causante

se encuentra muy á cubierto:
hacedle que se levante
y declare quién le ha muerto:
la justicia en ello gane
y vos tampoco perdeis.
— Callad y no me insulteis,
no me pidais que profane
estos hábitos que veis.
Para hacer justicia entera,
llevando un hombre á la hoguera,
quereis que un milagro obrara?
La boca se me secára
si yo tal cosa pidiera.
Por su infinita clemencia,
puede un milagro hacer Dios
para librar la inocencia,
pero para una sentencia,
no es posible que haga dos.
Muerto está el muerto y el rio
no se puede atras volver;
si es buscar vuestro deber
los criminales, el mio
es perdonar y absolver.
Calláronse un corto trecho,
leve rumor circuló
entre el vulgo satisfecho,
al fin y al cabo exclamó
el corregidor: — Bien hecho;

el caso no lo merece:
ea, escribid, escribano,
el testimonio que ofrece
este suceso; parece
que os tiembla un poco la mano.
«En tal sitio, tal lugar,
»á tantos dias del mes,
»fué mi ronda á levantar
»un muerto, y á declarar
»ninguno vino quién es.
»Como el matador huyó,
»claro es que no puedo yo
»proceder á su captura;
»dése al muerto sepultura,
»miéntras se descubre ó no.» —
Vos, padre, nada temais;
perdonad si ultrajé hoy
el hábito que llevais;
yo obraba como quien soy,
vos como quien sois obrais.
Llevamos en conclusion,
como una contradiccion,
vos con vos y yo conmigo,
yo las armas del castigo,
vos las armas del perdon.
Quien castiga se fatiga,
y quién sabe si quizás
el que, perdonando obliga,

sin él quererlo, castiga
más que el que castiga más.
Yo estoy en lo positivo
y vos estais en lo cierto;
ea, vamos de aquí, vivo,
cada mochuelo á su olivo
y á la sepultura el muerto.

XII.

Macario volvió al desierto
y obró milagros extraños
hasta los noventa años,
que se lo encontraron muerto.
Y cuenta la tradicion,
que tenia, muerto y todo,
altos los brazos del modo
que estaba haciendo oracion.
La fama va como loca
y de un modo extraordinario,
los elogios de Macario
corriendo de boca en boca.
En Roma tal vuelo toma,
que, con harto fundamento,
al cabo de años cientos

se le canonizó en Roma.
Y hé aquí, curioso lector,
que se venera entre tanto
en los altares, á un santo
que fué *Santo y matador*.
Y segun el calendario
en que mi abuela leía,
de Enero el segundo dia
se celebra *San Macario*.

EL ALMA ERRANTE.

EL ALMA ERRANTE.

CUENTO.

I.

Nació un niño, y al nacer
dos almas á un tiempo entraban
por dos diferentes lados,
pero en una misma estancia;
afligida la criatura
al ver de su vida el alba,
rompió á llorar, presintiendo
quizá mares de desgracia;
y al punto que abre la boca,
un alma que le acechaba
se le introduce en el cuerpo
y la otra quedó burlada,
pues que, terminado el llanto,
cuando ya el niño se calla
se fué á él, y la otra le dice:

LIBRERÍA É IMPRENTA DE EDUARDO MARTINEZ PRÍNCIPE, 25. MADRID

— *Váyase, que esta es mi casa.*
— ¿Qué hacer? En mi centro no
me reciben mis hermanas,
por salir para animar
un cuerpo humano y ser tarda,
al infierno sin pecar
no es de justicia que vaya;
al limbo... mas siempre el limbo,
ni pena ni gloria... ¡qué ánsia!
Mejor es andar errante
por la tierra, preparada,
y en cuanto que nazca un niño
introducirme en su cáscara,
eso es; — y diciendo esto
la pobre alma se marcha,
y andando por esas calles,
la parece que se mancha
escuchando de los hombres
más blasfemias que palabras;
huyendo de un lodazal
por no ensuciarse las alas,
otro lodazal encuentra
y más parece se enfanga;
aquí juramentos falsos,
allí duelos, allá lágrimas,
más allá gritos que hielan,
más allá risas que matan.
— ¡Cómo está la ciudad! — dice.

— ¡Y aun hay quien quiera habitarla! —
Tiende el vuelo y sube á
la cumbre de una montaña.
— Aquí estaré bien, — decia,
— hasta aquí no llega nada
de los mundanales ruidos; —
¡pero ay! ¡Cuánto se engaña!
Ve el lobo que se ensangrienta
en la oveja infortunada;
mira al cazador que artero
por placer de matar, mata;
y observa inocentes pájaros
ser presa de audaces águilas.
—Yo no quiero estar aquí,
no puedo ver esas lástimas, —
dice, y la region aérea
con velocidad escala,
y allí, mirando á la tierra,
con doliente voz exclama:
— ¡Oh, mundo! Bien dijo quien
te dijo *valle de lágrimas.*
Valle de lágrimas eres
y de lágrimas amargas;
quizá yo dichosa sea
creyéndome desdichada,
por haber llegado tarde
á habitar cárcel mundana;
muy poco del mundo he visto,

mas con lo poco me basta.
Adios, mundo de dolores,
de tí se despide un alma. —
Así cruzando el espacio
el alma errante vagaba,
así llegando la noche
de una estrella á otra se pasa,
y cuando al fin se fatiga
sobre las nubes descansa.

II.

Túrbase el cénit; las nubes
blancas se cambian en negras,
y se chocan y se empujan
y se confunden revueltas;
el sol medroso se oculta
dejando á oscuras la tierra;
las cataratas del cielo
bajan á torrentes sueltas;
con horrísono estampido
el trueno pausado rueda,
y el rayo surca el espacio
y se pierde entre la niebla
y su densidad consume

el débil rastro que él deja;
parece que se desquicia
la mundanal fortaleza
que gira sobre su eje,
y que rechina y se queja;
en los altos campanarios
gimen las tristes veletas,
y las aves se apresuran
á esconderse en la arboleda:
todo está dormido ó muerto,
sólo vive la tormenta,
tan sólo el buitre, mohino
porque su nido no encuentra,
lanzando un graznido ronco
cruza la turbada esfera.
La nube en que estaba el alma
se rompió en agua deshecha,
y la pobre alma, sin nube,
allí se mantuvo quieta;
siente pesadas sus alas
que con el agua gotean;
siente un ruido que la asorda,
siente un frio que la hiela,
va descendiendo y rozando
con la torre de una iglesia.
— Gracias — exclama, — en su pórtico
á que pase la tormenta
aguardaré; — dicho y hecho,

entre dos santos de piedra
se cobija, y desde allí
la tempestad ruda observa,
que como dueña del mundo
del mundo se enseñorea;
y una tras otra las horas
corriendo van lentas, lentas,
y la pobre alma encogida
allí espera que te espera;
preludio de un espantoso
trueno, que ronco revienta,
fué un relámpago larguísimo,
y á su luz el alma aquella
creyó columbrar el cielo
por entre la abierta brecha.
— ¡Qué hermoso es el cielo! — dijo.
— ¡Cuánto aroma, cuánta esencia,
cuánta luz, cuánta armonía,
cuánta celestial belleza!
Yo quiero vivir allí.
¿Por qué han de echarme? Si me echan
por no ir acompañada
de un cuerpo que fué de tierra,
diré: ¿Yo qué culpa tuve
en no llegar la primera?
Fuí á apoderarme del niño
y me dieron por respuesta:
Váyase, que esta es mi casa;

y es verdad, su casa era.
Yo estaré en un rinconcito
aquí; soy sumisa y buena,
y lloraré tanto y tanto
que, ó con mi llanto se anegan,
ó dejan que éntre en el cielo.
¡Oh, cielo, bendito seas! —
Y pasan las horas, pasan,
y aunque poco á poco cesa
la tempestad y la lluvia,
el sol que sale la seca;
y alegres las aves cantan,
revive naturaleza,
y el alma, dejando el templo,
surca los espacios, vuela,
cruza un cielo y otro cielo,
y otro y otro, y al fin llega
al sétimo fatigada;
está cerrada la puerta.

III.

— Tras, tras.
— ¿Quién?
— Yo.
— ¿Y quién es yo?
— Una pobrecita alma
que vive triste y sin calma
porque ayer el cielo vió,
y al mirar tanta hermosura,
vivir en él sólo anhelo,
porque yo estoy por el cielo
loca de amor y ternura.
— ¿Cómo un alma de esa suerte
viene á la celeste corte?
¿Adónde está el pasaporte
refrendado por la muerte?
— No le tengo.
— Pues sin él
no se puede entrar aquí,
lo tienen mandado así,
y á mi consigna soy fiel.

— Por favor, dejadme entrar.
— Hija, no puedo, no puedo.
— Tengo frio, tengo miedo —
y el alma se echó á llorar.
— ¿Lágrimas? Soy perro viejo
y sé cumplir con mi encargo;
no entras, pero, sin embargo,
te voy á dar un consejo.
Vuelve otra vez á la tierra
de pesares y de afan,
donde los hombres están
con sus pasiones en guerra,
y trae un don agradable
á los ojos de Dios, y
puedes ya gozar aquí
de la vida perdurable.
— ¿Un don agradable?
— Sí,
digno de escribirse en bronces.
— ¿Y entónces ya puedo?...
— Entónces
puedes ya vivir aquí.
— ¡Oh! Le traeré, le traeré.
— No te equivoques, cuidado.
— Ese es temor excusado,
que no me equivocaré;
mi afan del cielo es mi guia
y voy de ese don en pos.

Adios el portero.

— Adios,

y buena suerte, hija mia.

IV.

Vuelta á la tierra, allí está
con ardiente frenesí,
y ve crímenes aquí
y adulterios más allá,
y maldad y corrupcion,
y la estremece y la espanta
la sonora voz que canta
una báquica cancion;
huye, porque se desgarra
al escuchar ese acento,
y ve que la lleva el viento
á los campos de Navarra.
Una batalla se da
sangrienta, cantan su gloria
de ambos lados, la victoria.
Dios sabe de quien será.
La muerte do quier se halla
en un sitio tan fatal,
mas como ella es inmortal

se rie de la metralla.
El hermano no conoce
sus hermanos adorados...
¡maldita guerra! — Soldados:
¡Viva el Rey Alfonso doce! —
dice con robusta voz.
El cabo Perez se lanza
con entera confianza,
más que una hiena feroz
á la trinchera vecina,
que salva de un solo brinco;
mas á él le acometen cinco;
dispara su carabina,
y uno ménos, cuatro son;
pero uno, miéntras cargaba,
la bayoneta le clava
en mitad del corazon.
Cayó como era de ley,
murió como de ley era,
y abrazando su bandera
dijo al morir: ¡Viva el Rey!

—

Y de aquel corazon la última gota
de sangre por la patria derramada,
tal y conforme de la herida brota,
líquida y espumante y colorada,

cogió el alma en sus alas, y en su vuelo
rápida cruza un cielo y otro cielo
y al sétimo cansada por fin llega,
con orgullo infantil su don entrega,
y allí contestan á su orgullo loco:
muy preciado es el don, pero aun es poco.

V.

Vuelta otra vez á la tierra
de pesares y de afan,
donde los hombres están
con las pasiones en guerra;
vuelta á ver cómo se va
la vida, viviendo así,
y á ver crímenes allí
y adulterios más allá;
mirando cómo se mecen,
ya cómicas ó ya serias,
tantas humanas miserias
que á la pobre alma estremecen;
fatigada se sentó
junto á una guardilla, y
ve punto por punto aquí
la escena que presenció.

VI.

La pobre Laura moria:
nada en el mundo la cura
de la ardiente calentura
que lenta la consumia.
Está sin embargo hermosa,
aunque en su cara serena
se ve la blanca azucena
y no la encendida rosa.
No se la puede notar
un soplo de vida leve,
que tan solamente mueve
los labios para rezar.
Y es tan jóven como bella,
y tendida en lecho blando
se pasa el dia rezando,
pero no sólo por ella.
Reza por su madre, á quien
se figura que ha perdido,
pues cree que ha sucumbido
de la guerra en el vaiven
de un pueblo que se incendió
y los facciosos tomaron,

y cuentan que se quemaron
sus vecinos; la escribió,
pero no fué contestada;
y en su malestar profundo,
se cree sola en este mundo,
huérfana y abandonada.
Cayó postrada en el lecho,
su cabeza era un volcan,
sintió una angustia, un afan
que la desgarraba el pecho.
En vano el doctor procura
la calentura atajar,
de no llegarla á curar
la mata la calentura.
En su desesperacion
—¡no tengo madre! — decia.
— ¡Madre mia, madre mia!
¡Madre de mi corazon! —
Y más y más se agitaba,
y más y más cada dia,
más y más fiebre tenia
cuanto más y más lloraba.
Ahora reza, otro placer
no encuentra estando despierta;
en el quicio de la puerta
aparece una mujer.
Mira en su redor, derecha
se va al lecho, y ya en el lecho

estrecha contra su pecho
la enferma en llanto deshecha.
— Soy yo, soy yo — la decia,
estrechando aquellos lazos,
— yo, que te tengo en mis brazos,
¡hija mia!
— ¡Madre mia!
¿Pero por qué no decir...
en circunstancias tan graves?...
¿Por qué no escribir?
— ¿No sabes
que no sé, Laura, escribir?
— Yo escribí.
— Pues no llegó
tu carta sin duda allí;
pero yo ya estoy aquí,
¿qué mejor carta que yo?
Y tú caiste malita.
— Y á morir voy.
— Dios no quiera
que mi hija se me muera.
¡Bendita seas, bendita!
Y en el cariñoso exceso
á que su afan la provoca,
un beso la dió en la boca.
¡Qué beso, gran Dios, qué beso!
Sin percusion, sin sonido,
aéreo, infinito, breve,

todas las fibras conmueve
con su mágico estallido.
Un beso en que junta va
la esperanza con la fe,
un beso... un beso que
sólo una madre le da;
y Laura mucho mejor
alegre el beso recibe,
y le devuelve y revive;
de su madre en el calor
anímase el cuerpo inerte,
huye la fiebre encendida,
y de aquel beso la vida
hace cejar á la muerte.
En vano en su confusion
devana el doctor los sesos
para explicar los progresos
de tan rara curacion.
Es el hecho del suceso
tal y conforme pasó,
que Laura curó, y curó
no más que con aquel beso.

—

Y ántes de que en los aires se extendiera,
cuando el pliegue del labio se soltara
y la brisa ligera

sobre sus alas ténues le llevara,
y allá en el infinito se perdiera
y en las nubes al fin se evaporara,
aquel beso tan débil y tan fuerte
que hizo cejar la muerte,
aquel beso feliz, que apénas toca
en los contornos de la amada boca,
fugaz, breve, sin ruido,
y tan bien dado como bien sentido,
robó el alma en sus alas sin color
y al espacio se lanza,
teniendo la esperanza
de que no puede hallar un don mejor.
En su ferviente anhelo,
rápida cruza un cielo y otro cielo,
y al sétimo al fin llega,
con orgullo infantil su don entrega,
y allí dijeron á su orgullo loco:
muy preciado es el don, pero aun es poco.

VII.

Vuelta otra vez á la tierra
de pesares y de afan,
y ver crímenes aquí

LIBRERIA ESPAÑOLA
DE EDUARDO MARTINEZ
PRINCIPE, 25. MADRID
SUCESOR DE ESCRIBANO

y adulterios más allá,
y ver miserias y llantos
y de escuchar blasfemar,
entra, sin embargo, el alma
en medio de la ciudad,
buscando el don que no encuentra,
¿qué hará? ¿La infeliz, qué hará?
Si la sangre que un soldado
vierte sin dificultad
por la patria, si aquel beso
de ternura maternal
que la devuelve á una hija
la vida y el bienestar,
no bastan á abrir las puertas
de la mansion celestial,
¿qué habrá en el mundo, que pueda
hacerlas abrirse? ¡Ah!
¡Cuántas amarguras tiene
la pobre alma que pasar!
Allí una niña y un viejo
se casan, ¡qué atrocidad!
Ella tiene la esperanza
que pronto le heredará,
pero él, más listo que ella,
deja todo su caudal
á un sobrino, que unos dicen
que es sobrino, y otros, más.
Los dos con frente serena

caminan hácia el altar,
y es al fin un sí sacrílego
el sí que los dos se dan.
¿Cómo llevarle á los cielos?
¡Imposible! ¿Quién va allá?
Es un anciano, que lleva
la corona funeral,
para el cadáver de un niño
que ha muerto en sus brazos; mas
bien barata es la corona,
heredando un capital;
esas lágrimas son falsas,
no pueden al cielo entrar.
¿Qué hacer? El alma se pára
en magnífico portal,
y allá en el piso primero
vive una niña que está
muriendo; es triste su historia,
oye, pues, de cuento va.

—

El uno y el otro son
iguales, ambos sin hiel,
se aman Rosario y Miguel
con todo su corazon.
Juntos Rosario y Miguel
siguiendo la misma estrella,

él respira para ella;
ella vive para él.
En un dichoso momento
uno ser de otro se juran,
y entrambos á dos procuran
cumplir con su juramento.
Rosario es rica sin cuento;
Miguel está sin caudal;
no tiene más capital
que juventud y talento.
Sin embargo, la pidió,
cumpliendo como hombre honrado,
á su padre despiadado,
y su padre dijo: — No.
Sois pobre. — Pero, señor...
— No quiero, y es hija mia.
— Se morirá. — Tontería,
nadie se muere de amor.
Era la escena en Sevilla,
y el padre su hija cogió
y de un salto se asentó
en la coronada villa.
— ¡Qué será de mí sin él!
Decia ella, y enfermó,
y el mismo dia cayó
tambien enfermo Miguel;
Y miéntras ella, la bella,
lánguidamente moria,

el triste Miguel decia:
— ¡qué será de mí sin ella!
Y en esta tremenda lid,
en sus revoltosos giros,
llevaba el viento suspiros
desde Sevilla á Madrid.
Con ánsia arrebatadora
sus dos almas se entrevieron,
y entrambos á dos murieron
en un dia y una hora.
El un sér del otro sér,
siempre juntos, siempre amados,
fueron sus nombres mezclados
con su suspiro postrer.
El de Sevilla voló
y tambien el de la villa,
y cuentan que al de Sevilla
en el camino encontró,
Y el uno del otro en pos,
juntándose de consuno,
formaron de los dos, uno;
fundiéndose en uno, dos;
Y el alma, que cerca estaba,
los arrebató en su vuelo,
y ya camino del cielo
volaba y siempre volaba.
Siempre subir y subir
con vuelo siempre ligero;

llega al cabo y el portero
la ve con gozo venir.
Temerosa de llegar
iba á soltar el alijo,
cuando el portero la dijo:
—Ahora, ya puedes entrar.
Estos suspiros, que son
últimos de dos amantes,
que fervientes y constantes
se dieron el corazon.
Don inapreciable es
de tan inmenso valor
á los ojos del Señor,
que tiene el sol á sus piés;
Que la gloria al portador
se conceda por memoria
de que si la gloria es gloria,
es gloria para el amor.
Amor puro, amor bendito,
luz de luz, fuego sagrado,
grande, profundo, increado,
incomprensible, infinito,
Es el amor que Dios da
á los hombres, y los males
de miserias terrenales
purifica donde va;
Puro amor es el Señor,
y las celestiales puertas

siempre francas, siempre abiertas
estarán para el amor.

—

Y ayudando su vuelo
dejó franca la entrada,
y del cielo, feliz, enamorada,
el *alma errante* penetró en el cielo.

BALTASAR RAYA.

BALTASAR RAYA.

LEYENDA.

I.

Hay en Sevilla, cerca de Triana,
un prado fertilísimo, que orla
un riachuelo, cuyas limpias aguas
al Guadalquivir bajan presurosas.
Todo allí es bello; las olmedas verdes
reposo brindan con su grata sombra,
miéntras suspira el viento enamorado,
débil moviendo las inquietas hojas.
Allí la *flor del sol* abre su cáliz,
y satisfecha porque el sol la dora,
sólo le cierra cuando ya la noche
todo lo envuelve con su densa sombra.
Eternamente allí se escucha el canto
del dulce ruiseñor y de la alondra,

y el arroyuelo presuroso corre
besando plantas que ligero moja.
Y el sol, el claro sol, sus rayos vierte
y con su luz purísima colora
el paraíso aquel, que paraíso
puede llamarse cuando el sol asoma.
Nada del prado aquel turba el silencio,
tan sólo el agua que entre guijas brota
se escucha débilmente, ó el arrullo
con que suspira enamorada tórtola.
Y allí, cabe una peña, junto á un sáuce,
su robusta raíz un poste apoya
y dice *este lugar está bendito*,
una tablilla en escritura tosca.
Y una tumba hay allí, modesta y pobre,
y en medio al campo solitario, sola
la losa y un sarcófago sencillo,
y *Rita*, nada más dice la losa.
Un hombre, y hombre jóven todavía,
cuida las frescas flores que la adornan,
é inmóvil contemplando aquella tumba,
se le pasan las horas y las horas.
Mas ¿quién es esa *Rita?* ¡Ay! pobre *Rita*,
os la voy á contar, triste es su historia;
y vosotros, conjunto de verdura,
de sávia y de vigor, de luz y aroma,
campos de la risueña Andalucía,
nunca os apartareis de mi memoria,

no quiera Dios que sin volver á veros
resuene para mí la última hora.

II.

En Sevilla y en Triana,
por lo noble del solar,
es venerado sin par
don Miguel de Cantillana.
Veinticuatro y caballero
de muy alta jerarquía,
todo él respira hidalguía
y es en nobleza el primero;
y tiene tanta riqueza,
que supera muchas veces
á su nobleza, con creces,
aunque es tanta su nobleza.
Y como hoy de Cantillana
es el santo (San Miguel,)
diz que piensa tirar él
la casa por la ventana.
En efecto, hay un convite
en sus salones, abiertos
para más de cien cubiertos,
sin darle el gasto un ardite.

Y hay mucho ruido y tropel
y alegría extraordinaria,
porque es cosa necesaria
festejar á San Miguel.
Y hay música de mil modos
y bailes en el terrado
y, ménos el festejado,
allí se divierten todos.
Porque un tormento cruel,
una indescriptible pena
honda y oculta, envenena
el alma de don Miguel.
Al fin y al cabo se van
todos, dejémoslos ir;
y él, que salió á despedir
las gentes hasta el zaguan,
para ir á la habitacion
donde rezaba ó dormia,
precisamente tenia
que atravesar un salon
que adornan ricas pinturas
de los pinceles maestros
de los pintores más diestros,
con trazados y molduras
y sedería; y despues
de todo esto, un retablo
con San Miguel y el diablo
á sus angélicos piés.

Es hermosa la figura
del Arcángel San Miguel,
al paso que de Luzbel
miedo causa la escultura.
De tamaño natural,
parece que ambos á dos
están, por órden de Dios,
fijos en su pedestal.
Vivos parece que están,
y parece que nos miran,
que se mueven y respiran
el Arcángel y Satán.
Y ya cerca de la sala
en donde el retablo está,
el triste don Miguel va
sintiendo su suerte mala.
Siente el pobre caballero,
para su mucha riqueza
y su muy rancia nobleza,
no tener un heredero.
Y es natural que se aflija
don Miguel, porque ya cuenta
cerca de años sesenta
y ni un hijo ni una hija;
y aunque lleva á su mujer
más de veinte años, quizás
como es ya viejo y va á más,
no los espera tener.

Pero sintió con asombro,
cuando meditando estaba,
alguien que se le acercaba
y le tocaba en el hombro.
Volvióse, y era Luzbel;
se asustó, pero llamando
á su valor, siguió hablando
y dijo mirando á él:
— ¿Eres el diablo?
— Sí, el diablo.
— ¿Pero eres tú mismo?
— Yo,
yo mismo.
— ¿Cómo es que no
te encuentras en el retablo?
— ¿Qué santo es hoy?
— San Miguel;
es mi santo.
— Hoy sube al cielo
el ángel, tendiendo el vuelo,
á tomar órdenes del
Eterno Padre, y á mí
se me deja á discrecion
dentro de una habitacion,
y por eso estoy aquí;
te he sentido suspirar
y te he llamado, porque
yo tus penas calmaré

si me las quieres contar.
— ¿Tú?
— Eres un buen patron
y te tengo cierto afecto,
aunque tienes el defecto
de ser un poco gruñon.
Volvió los ojos atrás
el buen anciano, miró
al retablo y encontró
la peana nada más.
Chocábale el abandono
de las figuras que habia,
pero no lo comprendia;
al fin dijo en triste tono:
— ¡Mis penas! Sólo Dios puede
aliviarlas.
— Ó Satán.
— No en vano los años van.
— Pues, díme, ¿qué te sucede?
— Que yo, aquel cuya riqueza
á los más ricos excede
y es tanta que sólo puede
compararse á su nobleza,
tendré que distribuir
mis haciendas á dos manos
entre parientes lejanos
y criados de bien servir.
Que yo triste, que perdí

LIBRERIA DE EDUARDO MARTINEZ
PRINCIPE 25 MADRID
SUCESOR DE ESCRIBANO

mi pobre hermano en la cuna,
veo por mala fortuna
morir mi nobleza en mí.
Que no tengo un heredero
á quien dar, por buen camino,
tanto rancio pergamino
y tanto y tan buen dinero.
Que voy de la muerte en pos
y no dejo quien se aflija,
y ni un hijo ni una hija
para encomendarme á Dios.
Y siento, y esto es lo cierto,
tras de vivir muchos años,
dejar mi caudal á extraños
y ver mi apellido muerto.
— ¿Y eso causa tu pesar?
— Me entristece hasta el exceso.
Creo me mate.
— Pues eso
es fácil de remediar.
Tendremos un hijo...
— ¡Cómo
tendremos!
¡Bah! No te espantes,
no quiero tu mujer; ántes
necesitamos aplomo
al decidir la cuestion
y ser igual la partida.

Yo te daré fuerza y vida
para tener sucesion,
y tendrás un hijo.
— ¿Es cierto,
es cierto?
— De positivo:
tú le disfrutarás vivo
y yo le gozaré muerto.
— ¿Si él se salva?...
— Es cuenta suya;
mas mucho tiene que hacer
contra todo mi poder
para que mi obra destruya.
¿Te conviene el trato?
— Sí;
¿si él reza y se salva?
— Estás
tú libre; ¿qué quieres más?
— Nada.
— Pues descansa en mí.
Y sujetándole bien,
ligero el génio del mal,
una línea trasversal
le trazó de sien á sien.
Sintió en la frente un dolor
infinito el buen anciano,
y levantando la mano
casi ciego de furor,

fué á él diciendo: — Satanás,
aunque cien veces lo fueras,
te he de escarmentar de veras
para no tocarme más.
— Así te quiero yo ver,
animoso y esforzado.
— ¿Qué me dices?
— Que te he dado
la juventud y el poder.
Veo que te sobra brío
para sufrir un ultraje.
— Sí, gracias á mi coraje.
— Y gracias al dedo mio.
Anda á buscar tu mujer
y anuncie tu regocijo
que en breve tendrás un hijo;
y no tienes que temer
que muera niño; jamas
ha consentido la suerte
que arrebatase la muerte
la parte de Satanás.
Tú ya has ganado el albur;
pero ya, si no me engaño,
viene el Angel, otro año
de mala postura! Agur.
Dióle á Miguel un vahido,
que le dejó como loco
largo rato; poco á poco

fué recobrando el sentido.
Lo primero, al despertar,
que hizo, fué ver el retablo,
y vió á San Miguel y el diablo,
cada cual en su lugar.
A punto estuvo el anciano
por aclarar el enredo
tocando, mas le dió miedo
y tuvo quieta la mano.
Por fin á otra habitacion
dirigió veloz el pié,
porque, sin saber por qué
le infunde miedo el salon.
Y recordando el encuentro
que ha tenido con Luzbel,
se encuentra el buen don Miguel
como fuera de su centro.
Siente una crísis mental
y siente una duda horrible,
y compara lo posible
con lo sobrenatural.
Y por mucho que buscó,
de cierto no ha descubierto
si ha sido el encuentro cierto
ó ha sido que lo soñó.

III.

Y van y vienen las gentes
en bullicioso tropel,
y todo es fiestas y música
y danza y broma y placer.
Gracias á Dios, que ya tiene
heredero don Miguel,
pues, tras una mala noche,
á eso del amanecer,
le dió su mujer un niño
hermoso como un clavel,
blanco, rubio, colorado,
rebosando robustez.
No tiene más que un defecto,
si es que defecto esto es;
una raya colorada
le cruza de sien á sien.
Y en vano quieren quitársela
sin arrancarle la piel;
por lo demas, el muchacho
vive y se cria muy bien,
y el dia de su bautizo
fué lo que hubo que ver.

Pusiéronle Baltasar,
que es el nombre de un rey,
y al cabo quien es tan rico
majestad ha de tener.
Su tierna madre le adora
y está muy feliz con él;
su padre le quiere mucho,
pero se nota tambien
que tiene algunos momentos
en que no le da placer,
sobre todo cuando mira
la raya encarnada, que
le hace llevarse á la frente
las dos manos á la vez.
Y le rechaza de sí
y no le ve como es,
sino con una figura
horrible, y le dice que
es hijo del mismo diablo,
y se arrepiente despues,
y dice que es hijo suyo
y que es su único bien:
en fin, chocheces de viejo;
él padece de chochez.
No puede ver el retablo
del bendito San Miguel,
sin estremecerse, y dice
que el diablo, que está á sus piés,

es un diablo en carne viva
y se está riendo de él.
Quiere romperle en pedazos,
pero le falta poder,
ó quemarle, reducirle
á cenizas, eso es;
mas, quemar al diablo, pase,
pero á San Miguel tambien...
¿Qué hará? ¿Qué no hará? Abre un nicho
en mitad de la pared,
coloca el retablo dentro,
tapiándolo despues bien,
y ni San Miguel ni el diablo
volvieron á parecer,
y segun está de humor,
está cuando á su hijo ve,
ó rechazándole fiero,
ó extasiándose con él.

IV.

Y van los años pasando,
y van los tiempos corriendo,
y va Baltasar creciendo
y don Miguel caducando.

Mirado en cualquier espejo
se encuentra de gracias rico:
robusto y fuerte es el chico,
no parece hijo de viejo.
Es bello completamente,
sin que nada en él feo haya,
sino la pícara raya
que le divide la frente.
Y hay quien cuenta (será cuento
indigno de darle fe),
quien dice que, siempre que
tiene algun mal pensamiento
que persistente le acosa,
aquella ligera mancha
se le enrojece y se ensancha
de una manera horrorosa.
Entre tanto el tiempo pasa,
y, de la suerte al arrullo,
es Baltasar el orgullo
de Sevilla y de su casa.
Feliz la infancia pasó,
y feliz la adolescencia,
y su dichosa existencia
otra nube no turbó
que el murmurar de la gente,
que, vaya por donde vaya,
le llama *Baltasar Raya*,
por la que tiene en la frente.

Pero es fuerza confesar,
porque está puesto en razon,
que, á pesar de su tiznon,
es buen mozo Baltasar.
La mocedad aturdida
mucho en Baltasar retoza
y le dice: —Goza, goza,
la juventud es la vida;
miéntras el viejo machucho
le dice con entereza:
— Hijo mio, reza, reza,
que lo necesitas mucho;
y el uno se está en sus trece,
y la otra se está en sus doce,
una diciendo que goce,
y otro diciendo que rece.
Y el mancebo, sin consejo,
escucha con ansiedad
la voz de la mocedad
y desoye la del viejo.
Es decir, que no rezó;
eso sí, él era cristiano,
pero era *tibio*, y no en vano
á la mocedad llamó.
Él corria, como loco,
de una *bolera á una diva*,
miéntras que su padre iba
muriéndose poco á poco.

Y aunque está enfermo y va á más,
hará cuanto que hacer haya
por borrar aquella raya
que le marcó Satanás.
Y mira el hijo que adora
sometido á su poder;
pero nada puede hacer;
harto lo siente y lo llora.
No declara su dolor
por no parecer ridículo,
y, aunque en el último artículo
se lo dijo al confesor,
con fama de buen sujeto
al fin don Miguel murió,
y muriendo, se llevó
á la tumba su secreto.

V.

Muerto ya su pobre padre
y su madre, de pesar,
quedóse *Baltasar Raya*,
rico, en completa orfandad.
Sólo le falta la vista
de los que le amaban más,

porque le cuidan criados
de antigua fidelidad;
pero al fin á aquella ausencia
se tiene que resignar,
pues sabido es que los padres
ántes que los hijos van,
para esperar á los hijos
allende la eternidad.
Lloró durante algun tiempo
á sus padres Baltasar,
y luego fué poco á poco
entrando en la sociedad,
que le admite y que le mira
jóven, rico y sin casar.
Ha corrido todo Francia,
dejando en ella señal
de galan con las mujeres
y con los hombres de audaz.
Desde Francia pasó á Italia
y ahora en Venecia está,
y pasa el tiempo aburrido,
no piensa en enamorar
á nadie, de las mujeres
un ardite se le da,
que aventuras amorosas
ha tenido ya un millar,
sin que á su alma pudiera
llegar ninguna beldad.

Y con tantas aventuras
y tanto y tanto rodar,
su espíritu está cansado
y su cuerpo mucho más.
Es Italia de las artes
la tierra clásica y la
que más ama á los artistas,
no se puede eso negar;
y hay en Venecia un palacio
cuyo piso principal
destinado á exponer cuadros
exclusivamente está.
Vióle Baltasar un dia
y en él entró Baltasar,
sólo por matar el tiempo,
porque nada se le da
de que pintara tal tabla
Orbaneja ó Zurbarán,
si hay mucho *tono* en los paños
ó la *sombra* oscura está.
Con los indolentes ojos
mira cuadros más y más,
y de repente se pára
y da un grito y dice: — ¡Ah! —
Ha visto un cuadro, ¡qué cuadro!
Humano y divino al par;
parece que tienen vida
las figuras que allí están.

La muerte de Santa Rita
representa, y en lugar
de médico, está allí Dios
con toda su majestad;
entre dos nubes purísimas
la Vírgen bajando está
hácia el lecho, y en sus manos
la corona celestial,
que ofrece á su sierva Rita:
dos monjas duermen en paz
junto al lecho, y Santa Rita,
con indescriptible afan,
abrazándose al Señor
apénas le osa mirar;
pero ¡qué Santa! ¡Qué cara!
No hay otra ninguna igual
y es imposible á otro artista
cosa más bella crear.
Vela la luz de sus ojos
de lágrimas un raudal;
la palidez de la muerte
un vago tinte la da;
sus hermosas manos, juntas
como quien quiere rezar,
la boca entreabierta y pura,
los labios como el coral...
Es la mujer más hermosa
que se puede imaginar;

pero Baltasar la ha visto
ántes, ha soñado ya
mil veces con ella, y siempre
con un inútil afan
la buscaba por el mundo
y sin poderla encontrar.
Sólo ella del hastío
que consumiéndole va,
sólo ella de su apatía
le pudiera al fin sacar.
Él ama aquella figura
encantadora que está
moviéndose en aquel lienzo,
mas sin aliento vital.
— Es fuerza que sea mia —
dice — y al fin lo será;
compraré ese cuadro, aunque
me pidan un dineral:
y teniéndole conmigo
nueva vida me dará.

VI.

Dirigióse á un moceton
que traia puesto un lazo
prendido al siniestro brazo

á modo de distincion.
— ¿Sois vos de la casa?
— Sí.
— ¿Conoceis á los pintores
de estos cuadros autores?
— A algunos.
—Venid aquí.
¿Veis ese cuadro?
— Le veo.
— Quiero ver al autor.
— ¿De ese?
— De ese, sí.
— Pues aunque os pese
no lograis vuestro deseo.
— ¿Por qué no lo he de lograr?
— Porque se ha muertó.
— ¡Ah, murió!
— Y yo creo que vos no
le podreis resucitar.
— Pero ¿ese cuadro se vende?
— Sí, la familia está mal;
no tiene más capital
que cuadros, y se desprende...
y es bello, gloria al que fué
y está ya de vida falto;
su familia vive en Rialto,
el número no lo sé. —
Y á Rialto fué Baltasar,

de punta á punta le anduvo,
y con gran paciencia tuvo
mil veces que preguntar.
Pasó en esta indagacion
un dia tras otro dia,
y entre tanto ya se habia
cerrado la exposicion.
Halló al fin una mañana,
cuando ya estaba impaciente,
la familia, consistente
en la viuda y una hermana.
La viuda era su tocaya
y de semblante no adusto:
no tenia muy mal gusto
el pintor que de Dios haya.
Habló, pues, á la mujer
y declaróle su intento;
díjole la viuda: — Siento
no poderos complacer.
— ¿Por qué?
— Porque le vendí
á un inglés, que lo pagó
á buen precio, y se embarcó
para Lóndres hoy de aquí.
— Iré á Lóndres.
— ¡Dios eterno!
— Correré toda la tierra,
y si no está en Inglaterra

LIBRERIA E IMPRENTA DE EDUARDO MARTINEZ PRINCIPE 25 MADRID SUCESOR DE RIVADENEYRA

iré por él al infierno. —
Y á Lóndres fué, sí señor,
tras el cuadro que queria,
pero como no sabia
el nombre del poseedor,
en más de dos y de tres
equivocaciones daba;
ademas de esto, no hablaba
una palabra de inglés.
Por fin la casualidad
hizo que, abierto un balcon,
viera el cuadro en un salon
de la opulenta ciudad.
Habló al dueño y á las dueñas,
y cuando no comprendia
una cosa, se ponia
á hacer señas y más señas.
En frances harto fatal
se entendieron mal ó bien,
(que él el frances, como buen
andaluz, le habla muy mal).
Pongo en castellano, pues,
alguna parte del diálogo,
porque lo hallo más análogo
y tampoco sé el inglés.
— ¿Qué os costó el cuadro?
— Doscientas
libras esterlinas.

— Hoy
duplico su valor; doy
cuatrocientas.
— No.
— Ochocientas:
decid, que os iré ofreciendo
hasta arruinarme.
— No, á fe,
no os arruinareis, porque
ese cuadro no le vendo.
— Hareis mal, os certifico
que le pagaré bien.
— ¡Oh!
Eso no me importa, yo
soy rico.
— Pero...
— Muy rico.
Me gusta mucho el pincel
que ese cuadro creó
y quiero guardarle.
— Yo
no puedo vivir sin él.
— Hombre, pues si va la propia
conservacion...
— Puede ser.
— Lo más que yo puedo hacer
es que saqueis una copia,
y viniendo aquí el pintor

os lo entregará acabado,
y yo me doy por pagado
agradeciendo el favor.
Y no hubo más, el pintor
fué y concluyó su trabajo,
aunque á precio no muy bajo,
porque pintaba mejor
que el del cuadro original;
así es, que parecia
que aquella copia tenia
algo sobrenatural.
Quiso Baltasar volver
á presentarse en su tierra,
como que ya en Inglaterra
no tenia más que hacer.
A Sevilla Baltasar
con su cuadro se volvió
y en su casa le colgó
en preferente lugar.

VII.

Allí hace una vida tonta,
insulsa á no poder más,
porque él no derriba reses,

no le divierte el cazar,
no tiene apuestas, no juega,
no enamora y no se da
á la gente, no hace nada
más que vivir y pensar.
Pero, ¿en qué piensa? ¿Por quién
esos suspiros que van
á perderse en el vacío
y que lanza sin cesar?
Piensa en Santa Rita, aquella
mujer, mujer celestial
que está sin vida en el cuadro
aunque á él vida le da.
Cerrado en su estancia, solo,
todo se le vuelve hablar
con ella, y decirla frases
de ternura sin igual.
Y al ver que no le responde
y que es inútil su afan,
le quema la fiebre y tiene
que salir á respirar.
Un dia en un verde prado
que junto á Triana está,
vió dos mujeres, la una
de señoril ademan...
la otra como criada
y ya entrada en edad;
vió á la jóven y dió un grito,

un grito del alma... ¡Ah!
Ya la tengo; por favor
no os vayais ¡oh, no os vayais!
Rita, ¡Santa Rita!
— ¿Yo?
Soy Rita, santa, ¡ojalá!
— Pero sois la misma; os tengo.
— ¿Dónde?
— En mi casa; allí estais
en un cuadro.
— Es cosa extraña
la particularidad.
Que yo os conozco, os he visto
cuando creia soñar.
— Rita hermosa, yo te adoro;
¡qué purísima es tu faz,
qué dulcísima tu boca,
qué infinito tu mirar!
Te adoro, te adoro.
— Sí,
eso he soñado.
— Y quizás
me respondais.
— Que os amo
con toda mi voluntad.
Que vivo en vos, porque á vos
me atrae secreto imán,
y os he visto ántes de veros

y os he amado ántes de amar.
— Bendita sea tu boca,
¡Rita mía!
— ¡Eso, jamas!
— ¿Cómo?
— No puedo ser vuestra.
— ¿De otro?
— De ninguno.
— ¡Ah!
No digas esas palabras,
si no me quieres matar.
Veré á tu familia
— ¿Y qué?
— Tu familia te dirá
que me quieras.
— Si te quiero
tanto que no puedo más.
— Luego, ¿serás mia?
— Nunca;
mas ten la seguridad,
de que por hombre ninguno
te habia yo de trocar.

Y de su deseo en pos,
ella niega y él porfía,
se encontraron más de un dia
en aquel prado los dos.
Creo inútil añadir

cómo á la criada gana,
siendo mujer, sevillana
y criada de servir.
— Al fin, — dijo Baltasar,
— he nacido en noble cuna,
tengo sobrada fortuna,
y no me la han de negar.
Y aunque ella, no sé por qué,
tiene en casarse reparo,
el padre querrá, y es claro
que al cabo me casaré.
Me cuesta dar este paso;
pero no tengo paciencia
para sufrir la insistencia
de este amor; no hay más, me caso. —

VIII.

Y se dirigió á la casa,
por el padre preguntó
y, recibido, le habló
y le contó lo que pasa.
— ¿Y bien? ¿Qué tengo que ver
yo con el cuadro?
— Es que es ella,
vuestra hija, la santa bella,

y os la pido por mujer.
En él está retratada,
y en ella mi dicha estriba;
juzgad si la amará viva
el que la adoró pintada.
— Es inútil vuestro empeño;
renunciad esa pasion:
rehuso la peticion,
porque ya tiene otro dueño.
— ¿Cómo?
— Lo siento por vos,
mas no á mi palabra falto:
teneis un rival muy alto.
— ¿Quién es ese rival?
— Dios.
Á Dios se la prometí
cuando aun no era nacida;
para su madre, la vida
juntamente le pedí.
Concediómelo el Señor,
y yo debo de cumplir
lo prometido, y vivir
agradecido al favor.
De no ser así, os la diera,
cumpliendo vuestro deseo,
porque vos sois noble y veo
que la amais...
— Con mi alma entera.

¡Oh! No tendreis corazon
para dejarla que al fin
penetre en el claustro, sin
consultar su vocacion.
— Rita, Rita, sal acá,
Hernando dijo llamando,
(nombrábase el padre Hernando),
— Ella misma os lo dirá.
Salió Rita sin tardar,
y encendida y ruborosa
se puso, como la rosa,
al mirar á Baltasar;
pero cual nunca galana
y encantadora, eso sí.
Hernando dijo: — Hé aquí
don Baltasar Cantillana,
que me ha pedido tu mano;
se la negué y él porfía:
de que no es la culpa mia
quise convencerle en vano.
Habla, si quieres casar,
yo no te diré que no,
no diga el mundo que yo
te quiero tiranizar.
Mas si un juramento es
para tí de poderío,
cumple el tuyo, tuyo y mio,
de entrambos á dos: dí pues.

¿amas á Baltasar?
— Sí;
para qué lo he de negar;
siempre, siempre Baltasar
está delante de mí.
— ¿La ois? ¿Y la criais quizás
para la reja y el coro?
— Á Baltasar, yo le adoro;
pero ser suya, jamas.
— ¿Por qué?
— Porque soy de Dios,
porque á él consagro mi vida,
y siendo su prometida,
no puedo serlo de vos.
Un santo mandato acato
no admitiéndoos por dueño;
aunque recibido en sueño,
no es ménos santo el mandato.
Él me manda renunciar
á vos, mi vida, mi encanto,
y que me brindais con cuanto
me puede el mundo brindar.
Él quiere que ofrezca á Dios
esfuerzo de gran valer,
¿qué otro mayor puede haber
que el de no unirme con vos?
En mis ensueños os ví
ántes de veros realmente,

y vuestro es tan solamente
este corazon que os dí;
y aunque es delito quizás,
tal favor de Dios espero;
yo no seré vuestra, pero
yo no os dejaré jamas.
Mias vuestras alegrías
serán, en vuestro quebranto,
será mio vuestro llanto,
vuestras buenas obras, mias.
Siempre con vos estaré
sobre vuestro corazon.
¡Ay! Estas lágrimas son
testimonio de mi fe.
No podeis comprender vos
cuánto sufro al rechazaros,
yo que tan sólo sé amaros
y encomendaros á Dios.
Que dentro del alma fiel
oigo una voz infinita,
incesante, que me grita:
«si le amas, reza por él.»
—No puede ser tan fatal
la sentencia del destino;
Dios te puso en mi camino...
— Para apartaros del mal.
Para extinguir vuestro fuego,
porque quizá pueda haber

un misterio en vuestro ser
que al mal os incline ciego.
— ¿Al mal? ¿Cómo puede ser
si me inclino á tí, amor mio?
— Yo soy de Dios y en Él fío
el cumplir con mi deber.
Adios Baltasar, con vos
dejo el corazon entero;
os amo y os huyo.
— Pero...
— ¡Adios para siempre, adios!

Salió de allí Baltasar
con el corazon partido,
y avergonzado y corrido,
parece loco de atar.
Audaz y provocador
rompe con todo y por todo,
porque así, de cualquier modo
desahoga su mal humor.
Como se quiere aturdir,
pasa las noches y dias
encenagado en orgías,
con gente de mal vivir.
Y derrocha su caudal
sin tino y á manos llenas,
y no se da tiempo apénas
de una á otra bacanal.

Siempre para el bien extraño,
siempre olvidado de Dios,
se pasaron uno, dos,
tres meses, cerca de un año.
Y en su vida delincuente
nada á Baltasar desmaya,
y aquella pícara raya
casi le cubre la frente.
Y cada vez Baltasar
se encuentra más furibundo,
porque no encuentra en el mundo
quien le ponga valladar.
Mas un dia recibió
un papel cerrado, y
le abrió espantado; hé aquí
la carta que se leyó:

IX.

« Perdona, Baltasar, si en son doliente
» mi moribunda voz hasta tí llega,
» y consagra un momento solamente
» á la pobre mujer que por tí ruega.
» ¡Cuánto te amé! Tu amor ¡ay! me enloquece.
» Contigo, ya soñando, ya despierta,
» constantemente estoy, y me parece

» que te tengo de amar despues de muerta.
» Quizá por tu expiacion y por la mia
» renuncié á tanto bien, fija en Dios pio;
» que de no ser así, Baltasar mio,
» ¿has creido que yo renunciaria?
» Te amó mi corazon de todas véras,
» y, miéntras rebosaba de amargura
» tu ardiente corazon, yo horas enteras
» rogué pidiendo para tí ventura.
» He estado enferma, triste y delirante;
» tengo ya de llorar los ojos rojos;
» desde que tú te fuiste, ni un instante
» sólo, han dejado de llorar mis ojos.
» ¡Y tú tal vez culpabas mi desvío,
» y por otra mujer no me querias!
» ¡Venturoso de tí, que no sabias
» lo que te amaba yo, Baltasar mio!
» Ahora voy á morir, las dichas todas
» humanas, nada son para el que muere;
» ahora voy á morir, si Dios lo quiere,
» haremos en el cielo nuestras bodas.
» El prado en que te ví por vez primera,
» mudo conservará mis restos frios,
» que descansen en paz, en la pradera
» testigo á mis amantes desvaríos.
» Ahora, ya en los confines de la vida,
» te digo que te amo y que te amo;
» mi bien, perdona si á tu puerta llamo

» para darte el adios de despedida.
» Adios, ya de la muerte siento el frio:
» Dios me llama hácia sí, fuerza es que parta;
» reza tú ahora por mí, que yo, amor mio,
» habré muerto cuando abras esta carta.
» El mundo dejo, y esperanza abrigo
» en la bondad de Dios, que es infinita.
» Adios, adios; yo muero y te bendigo;
» te amo, te amo, te amo, te amo. — *Rita.*»

Sin poderse dominar,
casi la carta no acaba,
porque lloraba, lloraba
como un niño Baltasar.
De su pecho un ¡ay! se arranca
con un dolor infinito;
se vió al espejo, y dió un grito:
tenia la frente blanca.
Como si fuera á merced
de fuerte impulso empujado,
cayó en tierra desplomado
un lienzo de la pared,
y de aquel polvo á través,
se dejó ver el retablo
de San Miguel, con el diablo
á sus angélicos piés.
Tapiado ántes de entrar
Baltasar en la puericia,

no tenia ni noticia
de él siquiera Baltasar.
— Libre estás — el diablo dijo.
— Yo con tu padre pacté
darle un hijo, porque me
perteneciera su hijo.
Pero, por más que me opuse,
Rita rezó y lloró tanto,
que al fin borró con su llanto
la raya que yo te puse.
Libre vienes á quedar
de mi poder, mas te advierto,
que quien rezaba se ha muerto
y ya no puede rezar.
Mira por tí y haz por tí,
que si vuelves á caer
en mis garras, no hay poder
que te liberte de mí.

X.

De entónces Baltasar, todo cambiado,
víctima de un dolor que parte el alma,
á nueva vida dióse, y esa vida
es pardiez una vida muy amarga.

LIBRERIA IMPRENTA DE EDUARDO MARTINEZ PRINCIPE 25 MADRID

En el cuadro en que muere santa Rita,
una corona de ciprés, colgada
por Baltasar, recuerdo es de la muerte
de Rita, que fielmente se retrata.
Desde entónces tambien, cuida en el prado
las flores de la tumba solitaria,
porque, gracias á Rita y á su rezo,
ya no es Baltasar, Baltasar *Raya*.

EL MEJOR GALAN.

EL MEJOR GALAN.

(TRADICION ASTURIANA.)

I.

Beatriz es infeliz,
su madre está de cuidado
y es por demás reservado
el galan de Beatriz.
Y tiene mucho que ver
y ya es un caso muy sério,
el tenebroso misterio
que le circunda do quier.
Es el mancebo gentil,
más que mediana estatura,
todo él respira dulzura,
su belleza es varonil.
Desde la frente á los piés
es la misma perfeccion;
respecto á su profesion

ninguno sabe cuál es.
Un dia que se encontraba
del arroyuelo á la orilla
con Beatriz, saltó la silla
en que Beatriz se sentaba.
Y mirando el agujero
del palo roto, exclamó:
— De eso debo entender yo,
como que soy carpintero. —
Otra vez se habló de guerra,
se dijo que Cárlos quinto
estaba de sangre tinto
allá en la flamenca tierra.
Y de Beatriz el galan
dijo: — el César peleó
bien, y bien me lo sé yo,
como que soy capitan. —
Un pariente litigante
al fin perdió la querella
contra Beatriz, y ella
se lo contaba á su amante.
— Estuvo bien sentenciado,
que era su derecho exíguo,
lo sé, y de modo no ambíguo,
como que soy abogado. —
Abogado, capitan
y carpintero: tres cosas
que aunque sean muy honrosas

en oposicion están.
¿Cómo se llama? Manuel.
Pero, ¿de qué? No se sabe;
de su secreto la llave
tan sólo la guarda él.
Habla de un modo seguro
con ella en el jardin; pero
ni sobornó al jardinero
ni puso escala en el muro.
Y Beatriz, que le ama
con todo su corazon,
sin más averiguacion
Manuel á secas le llama.
Lo merece tal amante,
que en medio de su belleza,
tiene un sello de tristeza
infinito en el semblante.
Por verlo baja al jardin
Beatriz, y siempre le encuentra,
no sabe por dónde entra
ni por dónde se va al fin.
Nada sabe la mujer
hermosa que por él muere;
mas sabiendo que la quiere,
¿qué necesita saber?
Él se lo ha dicho, y no miente
y es preciso darle fe;
parece al mirarle que

lleva el sol sobre la frente.
Pero, ¿quién es? ¿Qué es Manuel?
Nadie en el mundo lo sabe;
de su secreto la llave
tan sólo la guarda él.

II.

¡Ay, Manuel mio! Me ahogo,
déjame, Manuel, llorar,
deja que mi pecho alivie
de lágrimas un raudal.
Corra el llanto de mis ojos,
único consuelo ya
que me resta; estoy sin madre,
Dios se la quiso llevar
anoche y dejarme aquí:
hágase su voluntad.
Pero déjame que llore,
¿qué tengo que hacer?
— Rezar
por tu madre; con tus lágrimas
no la resucitarás:
con tus oraciones puedes
su santa gloria alcanzar.

— ¡Me encuentro sola en el mundo!
— ¿Sola en el mundo? No tal,
te encuentras conmigo, y yo
no te puedo abandonar.
— ¿Es cierto, Manuel? ¿Me quieres?
— ¡Si te quiero! Mucho más
que tú á mí.
— Es imposible;
siento á tu lado un afan
incomprensible, infinito;
y díme, ¿te casarás
conmigo?
— Si quieres, sí.
— ¿Cómo lo puedes dudar?
¿Qué haré yo, huérfana y triste
y sola, si tú te vas?
¿Me quieres?
— Te quiero.
— ¿Mucho?
Dame tus manos; están
llagadas de parte á parte,
faltas de calor vital,
¿y eres carpintero?
— Sí.
— ¿Y abogado y capitan?
— Y capitan y abogado.
— Ignoro tu calidad:
¿eres noble?

— Más que el rey.
— ¿Más que el rey?
— Sí, mucho más.
— ¿Eres rico?
— Poderoso.
— Sólo un mediano caudal
puedo ofrecerte, Manuel;
tal vez me despreciarás
por pobre.
— Fueras más pobre
y más te supiera amar.
— ¿Cuándo nos casamos?
— ¿Me amas?
— Con toda mi voluntad.
— ¿Sin saber quién soy?
— No importa.
— ¡Oh, si importa! Lo sabrás:
mañana es domingo.
— Sí.
— Á misa del alba irás
á las monjas Capuchinas.
— Nunca he ido á esa iglesia; está
tan léjos...
— Una capilla
hay á la izquierda al entrar;
del Cristo de Amor Divino
se llama, allí me verás;
allí estaré cuando vayas,

allí se descorrerá
el velo, sabrás quién soy;
y si sabiéndolo ya
me quieres tanto que quieres
casarte, te casarás.

III.

Á misa del alba fué
Beatriz, en la iglesia entró
y toda se conmovió
cuando en ella puso el pié.
Una capilla con luz
que de una ventana viene,
hay á la izquierda, que tiene
á Dios clavado en la cruz.
El Cristo de Amor Divino
se le llama, y allí llora
la contrita pecadora
y el devoto peregrino.
— Aquí Manuel estará, —
se dijo Beatriz entrando;
en esto al Cristo mirando,
dió un grito espantoso. — ¡Ah!
Él, — dijo. — ¡Estoy loca! ¡Es él!

¡Y en una cruz enclavado!
¿Quién te ha puesto en ese estado?
¡Ay, mi Manuel, mi Manuel!
Ya sé quién eres, y eres
mi piadoso Salvador,
eres mi *Divino Amor.*
¿Me quieres, Manuel, me quieres?
Enamorada de tí
hasta esta capilla vengo,
y con el alma sostengo
la palabra que te dí.
Mi pasion es venturosa
porque es por tí y no se esconde;
yo te amo, Manuel, responde,
Manuel, ¿me quieres esposa?
— Sí, — dijo el Cristo, *y dobló*
el cuerpo y con él la Cruz. —
Una aureola de luz
su cabeza circundó;
y Beatriz loca de amor,
embriagada y delirante,
un pasó dió hácia su amante
para mirarle mejor.
Y mandándole la vida
en un beso que le dió
en los piés, Beatriz quedó
á sus piés desvanecida.

IV.

Y Beatriz tomó el velo
en aquel siguiente dia,
y cuentan que sonreia
con la alegría del cielo.
Y al hablar de casamientos
recientes, verificados
con hombres acaudalados,
entre sus conocimientos,
ninguna envidia le dan
los maridos, y aun es fama
que dice: yo soy la dama
que hubo *mejor galan.*
Flores cultiva con tino
con un cuidado especial,
para ponérselas al
Cristo del Amor divino.
Siempre pensando en Manuel
vive Beatriz muy feliz,
pues segun cuenta Beatriz,
no hay marido como él.
Y gozando amante palma,
sin romper tan dulces lazos,

Manuel la tuvo en sus brazos
cuando ella rindió el alma.
Y segun dice la historia
de Beatriz, muerta ya,
(allí nos espere) está
con su Manuel en la gloria.
Y en el altar reservado,
en el que fué prometida,
aun se ve *la cruz torcida*
y el Santo Cristo encorvado.

LA CONFESION DE UN MUERTO.

CUENTO

DEDICADO A S. M. EL REY D. ALFONSO XII.

ADVERTENCIA.

Escrito este cuento por gratitud á un favor recibido de S. M., hice una cortísima tirada para regalar al Rey, á su augusta hermana y á mis buenos amigos; á ruegos de éstos (que no le juzgan indigno de ver la luz pública) le imprimo; pero conste que el tomo le componen los cuatro cuentos anteriores y las últimas poesías, y que este cuento, no te le vendo, te le regalo.

AL REY.

Agradecido al favor
que sin *demandar* logré,
yo, francamente, no sé
cómo pagaros, Señor.
Cuando yo quiero pagar,
pese á mi noble abolengo,
doy... versos, porque no tengo
otra moneda que dar.
Y de pagaros sediento,
dejando la humilde prosa,
ya que no sea otra cosa,
voy á contaros un cuento.
Es una historia sencilla,
que cuentan que sucedió
en el tiempo en que vivió
el Loco de la guardilla.
Yo, con la audacia notoria

LIBRERIA É IMP.ª DE EDUARDO MARTINEZ
PRINCIPE 25. MADRID
SUCESOR DE HIJOS

que mi carácter revela,
ya que á él le puse en zarzuela,
pongo en leyenda esta historia.
Este es el don que os ofrezco,
sea de Vos bien recibido,
pues me habeis favorecido
mucho más que yo merezco.
Y Dios talento me dé
para relatar el cuento,
que si me falta el talento
me sobra la buena fe.

LA CONFESION DE UN MUERTO.

CUENTO.

I.

Sin discrepar en un punto,
del muerto don Juan Tenorio,
fué en Madrid don Luis de Osorio
retrato fiel y trasunto.
Altanero como él,
como él hermoso y valiente,
acuchillaba á la gente
sin usar jamas broquel.
Como él enamoradizo,
y como él inconstante,
nuevo dia, nueva amante,
tal fué la fama que hizo.
Que era en caso perentorio

en Madrid (de véras hablo)
igual que nombrar al diablo
nombrar á don Luis de Osorio.
Jugaba que era un horror,
mas sin trampas y á la suerte;
pero jugaba más fuerte
que algun otro jugador.
Jugaba muy fuerte, pues
jugaba, fuerza es decillo,
contra una sota un castillo,
una hacienda contra un tres.
Así llevaba el demonio
quitándole la fortuna,
las fincas una por una
de su rico patrimonio.
Mas no se cuidaba á fe
de pensar en otro dia,
porque — mañana, — decia,
— quién sabe si viviré. —
Cuando de suerte horrorosa
le trataba la baraja,
solamente entraba en caja
en los brazos de una hermosa.
Más de un dia tuvo coche,
y entregándose al azar,
túvose al fin que acostar
sin luz y pobre á la noche.
Pero por esta razon

él el sueño no perdia,
que por la noche dormia...
dormia como un liron.
Vendia algunos terrones,
y yendo otra vez al juego,
volvia á encontrarse luego
dueño de sendos doblones.
Tras de Rosa, como un loco
dejó á Inés, que hizo su esclava,
mas si Rosa le dejaba
no se enfadaba tampoco.
Así en contínuo vaiven
y en amores transitorio,
seguia don Luis de Osorio
viviendo, y viviendo bien.

II.

Como que entónces no habia
cuidado en la policía,
entre estiércol y basuras
quedaba Madrid á oscuras
al punto que anochecia.
Y como la claridad
fallaba del rubio sol,

llevaba por la ciudad
por pura necesidad
cada transeunte un farol.

Era de hombres arreglados
ir con luz á troche y moche,
porque los ya desalmados
estaban acostumbrados
á las sombras de la noche.

Y cuando el sol se ocultaba,
era más claro que el sol
que de las calles faltaba,
que aunque tropezones daba
don Luis no gastó farol.

Por entre unas callejuelas
yendo una noche á rondar
(precisamente el lugar
donde hoy están las Peñuelas),
don Luis oyó suspirar

Y oyó una voz que decia:
— Válgame, Vírgen María,
vuestro amparo soberano,
enviad, Señora, una mano
que quiera coger la mia.

Lleno de remordimientos,
os pide este pecador
no morir sin Sacramentos,
Señora, por los tormentos
y la Pasion del Señor. —

Avanzó de asombro lleno,
pero tranquilo y sereno,
don Luis, y su pié se hundia
á su peso; parecia
que le faltaba el terreno.
¡No le habia de faltar!
Estaba en un muladar,
y tendido á poco trecho
un hombre, en llanto deshecho,
no dejaba de llorar.
Viéndole inmóvil así
— ¿Quién va? ¿Quién se queja ahí? —
dijo don Luis decidido:
— Yo, ¡ay de mí! — dijo el caido
— soy quien se queja ¡ay de mí!
Soy casi ciego, al tratar
la calle de atravesar,
este muladar no ví,
he tropezado y caí
en medio del muladar.
Perdí del golpe el sentido,
tengo una pierna quebrada
y el cerebro dolorido...
quiero levantarme y... nada,
no puedo. — Soy bien venido
Para alzaros; levantad,
dadme la mano. — Poned
el guante. — No. — Reparad

que soy... leproso. — ¿Y qué? — Ved
que puede la enfermedad
Contagiaros desde hoy.
— Rechazo triste presagio.
— ¿Y por qué? — Porque yo soy
tan contagioso, que estoy
libre de todo contagio.
Arriba... otro esfuerzo... así,
vamos andando. — ¡Ay, caí!
— ¿No podeis andar? — No puedo.
— Poneos, no tengais miedo,
á caballo sobre mí,
Que bien os puedo llevar
hasta el hospital, á fe.
— Dios os lo sabrá premiar.
— Vamos. ¡Gracias á Dios que
salimos del muladar!

Y manchando el traje hermoso
de una manera fatal,
cargó don Luis con reposo
á cuestas con el leproso
y le llevó al hospital.
Llegó al hospital y allí
dió su bolsa al enfermero,
diciéndole: — Á este hombre quiero
que le traten como á mí.
— Así se hará. — Así lo espero.

— Dios por tan sublime accion
quiera daros el Eden.
— Amén. — Y que en la ocasion
no murais sin confesion.
— Y don Luis respondió: — Amén.

III.

En vano al pobre leproso
le sirvió tanto querer
el buen don Luis aliviar
su desventura cruel,
á más de la enfermedad,
que de suyo mortal es,
el porrazo que llevó
era tan tremendo, que
abrió al cuerpo un agujero
y salió el alma por él.
Y como el alma era buena,
cuentan que fué á Dios á ver
diciéndole: — Señor, pido
una gracia, una merced.
. . . . . .
. . . . . .
Concedióselo el Señor,
y aquella alma buena, en vez

de marchar á disfrutar
las delicias del Eden,
rauda bajó al Purgatorio
á sufrir y á padecer.
¿Por qué razon, siendo justa,
ir á tal lugar? ¿Por qué?
¿Por qué razon?... La razon
ya la sabremos despues.

Serian las tres y media
horas de la madrugada,
cuando en una estancia rica
que á una alcoba hace antecámara,
con tapices exquisitos,
cómodas sillas y anchas,
grandes balcones, y en ellos
colgaduras blasonadas,
una mujer impaciente
cuenta las horas que pasan.
— Vendrá, vendrá, — se decia
— ha recibido mi carta
y vendrá. — En esto dos golpes
en la puerta de la estancia
sonaron; á la mujer
la sonaron en el alma.
— ¿Quién va? ¿Quién es? — Yo, don Pedro:
abridme pues. — ¡Vírgen Santa!
dijo la mujer corriendo

el cerrojo. — ¿Por qué causa
venís á esta hora? — Y vos,
¿cómo es que estais levantada?
— Tenia fiebre. — Es verdad,
teneis fiebre, teneis tanta
que toda la medicina
á curárosla no basta.
Sentaos, doña Teresa,
y hablemos en paz y en gracia
de Dios, y no os asusteis
si impresos veis en mi cara
amagos de muerto, son
relámpagos que se apagan.
Vos, érais huérfana y pobre,
yo, hidalgo de noble casa,
vos érais niña y yo viejo,
vos hermosa y yo sin gracia:
á la luz de vuestros ojos
sentí abrasarse mi alma,
de mi juventud los bríos
nuevamente me tornaban,
y os hablé de amor, amor...
¡engañadora palabra!
que prometiendo dulzuras
como el acibar amarga.
Os dí mi mano, me dije
— es niña, pero es honrada,
y sabe que en mis blasones

existir no puede mancha. —
Pasaron así dos años,
sois la dueña de mi casa,
sufro vuestra indiferencia
y vos mis extravagancias;
pero hace un mes, un mes, sí,
estais confusa, estais pálida,
me mirais casi con miedo,
no comeis ni dormís nada.
¿Qué teneis? — ¿Yo? Nada tengo.
— ¿No os merezco confianza?
¿Pensad que nadie amar puede
como yo que tanto amaba?
Por vos sufriera el martirio
sin decir una palabra.
Vuestra edad es de pasiones
y tal vez alguna ráfaga...
un pensamiento quimérico,
una soñada esperanza...
hablad, sed franca conmigo.
— ¿Qué he de deciros? Soy franca,
que nada tengo. — Mentís —
dijo don Pedro con rabia;
y con su crispada mano
mostró á Teresa una carta.
Ella al verla lanzó un grito,
y cayera desmayada
si don Pedro sacudiéndola

de las muñecas, con ambas
manos no la sostuviera.
— ¿Negareis aun vuestra infamia?
¡Dais una cita á un galan
dentro de mi misma casa,
sin temer que se desplome
mirándose deshonrada!
Dais á la esclava el papel
y la esclava... — ¿Qué? — La esclava
dió el recado y se guardó
el papel. ¿Y quién pensara
que á mí me le venderia
por precio vil? — Yo le amaba,
estaba loca por él,
á la luz de sus miradas
perdí la razon. — ¿Me juras
por la salvacion de tu alma
que nunca le hablaste? — Sí.
— ¿Que esta carta condenada
es la primera? — Es verdad,
y á tus piés... — ¿Qué haces? Levanta,
yo pago el haber juntado
tu juventud con mis canas;
tú pagas tu desvarío
á mi yugo encadenada:
pague él su traicion ahora;
todo en el mundo se paga.

IV.

En esto se escuchó un ruido
vago y confuso en la calle,
de pasos que van y vienen
y de amenazas y ultrajes.
— Muerto soy — dijo una voz,
y ántes de acabar la frase
oyóse ruido de un golpe
como de un cuerpo que cae;
miró Teresa á don Pedro,
que abrió el balcon al instante
diciéndola: — ¡Mira y tiembla! —
Gritó otra voz: ¡Vírgen, válme! —
Y á poco tiempo un criado,
lleno de sudor y sangre,
en la estancia de Teresa
entró. — Fortun, adelántate:
¿está hecho? — Sí. — ¿Ha muerto? — Sí.
— En gloria de Dios descanse.
— Y tambien Melendo Nuñez
que le hizo frente; era el diantre:
yo le he herido por detras,

porque lo que es por delante,
miéntras él tuviera estoque
no era posible tocarle.
— ¿Pero ha muerto? — Sí. — Es igual,
poco me importa el paraje
de su herida; él en mi honor
quiso venir á afrentarme
y al paso encontró la muerte:
quien tal hizo que tal pague.
. . . . . .
. . . . . .
Este es el caso: don Luis,
citado para bien tarde
con doña Teresa, fué,
y al desembocar la calle
se encontró un hombre que dijo:
— ¿Es don Luis? — No niego á nadie
mi nombre; ¿qué es lo que quiere?
— Ahora lo verás, bergante. —
Y sin dar otra razon
echó la tizona al aire;
sacó la suya don Luis,
y al cabo de pocos pases
— muerto soy, — dijo aquel hombre,
y sobre las piedras cae.
Mas otro hombre que en las sombras
asistió al extraño lance,
á traicion y por la espalda,

á don Luis la espada pásale,
y huye sin darle más tiempo
que el de decir: — ¡Vírgen, válme! —

V.

Pardas nubes tachonan el espacio
y tardan en pasar,
tenaces ocultando del crepúsculo
la débil claridad.
Desgarrándose el seno de una de ellas
empieza á lloviznar,
y se escucha el chasquido que las gotas
sobre las piedras dan;
y todo es en la calle luto y sombras
y densa oscuridad.
En tanto dos cadáveres tendidos
uno junto á otro están.
¿Qué es eso? Dios de Dios, uno se mueve.
¿Qué quiere? ¿Dónde va?
Es don Luis, con los párpados cerrados,
vagaroso el andar,
dentro del corazon recio resuena
cada paso que da.
Se oye el toque del alba en un convento

que ahora tañendo están,
don Luis llega hasta allí, se abre la puerta,
se inclina ante el altar,
y ante un confesonario arrodillado
le dice á un padre: — Dad
la absolucion á un pobre penitente,
que la última será. —

— Abrid los ojos. — No puedo
aunque quiera abrirlos, padre,
estoy muerto. — ¡Que estais muerto
y aquí! — Sí, media hora hace
me dieron una estocada
en la mitad de la calle,
y morí; por permision
de Dios, vengo á confesarme.
Vine á ofender en su esposa
á don Pedro de Velarde,
y me hirieron á traicion:
quien tal hizo que tal pague.
Merezco mi suerte; oid,
la confesion del cadáver
del que fué don Luis de Osorio,
autor de pecados grandes.
— Decid, — el monje repuso,
y acabado de escucharle,
le absolvió. — Ahora tomareis
la comunion, Dios os salve.

LIBRERIA E IMPRENTA DE EDUARDO MARTINEZ PRINCIPE, 25. MADRID SUCESOR DE ESCRIBANO

. . . . . .

. . . . . .

No bien hubo comulgado
don Luis de Osorio, al instante
cayó de golpe en las losas
de su peso desplomándose.
Ponerle de nuevo en pié
en vano procura el fraile,
está muerto, y ya despide
un olor intolerable.

VI.

Apuntaba el nuevo dia,
y muerto don Luis de Osorio,
camino del Purgatorio
su alma se dirigia.
Cuando á su puerta llegó
iba ya á entrar resignado,
mas se detuvo abrazado
por otra alma que salió.
— No entres — dijo — tu lugar
no es ese lugar. — ¿No es ese?
— No, pese al demonio y pese
á tu vida no ejemplar.

Yo mi alma empeñé por tí;
muriendo sin confesion,
no lograbas tu perdon,
te has confesado y salí.

Yo te he querido pagar
haber muerto con reposo;
soy el alma del leproso
que hallaste en el muladar.

Dios mirando tu obra buena
hizo un milagro notorio,
yo en tanto del Purgatorio
por tí pagaba la pena.

Te confesaste y así
que pura tu alma quedó,
merecia el cielo, y yo
del Purgatorio salí.

Ven al trono celestial
con rabia de Belcebú,
en mis brazos, *como tú*
me llevaste al Hospital.

Y don Luis con él subió
hasta el celestial estrado,
y colorin colorado
y mi cuento se acabó.

AL REY.

—

Ha llegado ya el momento
(á Vos quizá de placer)
de yo dejaros, y hacer
la aplicacion de este cuento.
Aunque estuvo á la verdad
para perderse en un tris,
está claro que á don Luis
le salvó la Caridad;
Pues es caso no dudoso
que no se hubiera salvado,
si ántes no hubiera cargado
á cuestas con el leproso.
Y acabo, Régio lector,
que es una santa verdad,
que *salva la Caridad:*
Vos os salvareis, Señor.

POESÍAS.

ADVERTENCIA.

La mejor y mayor parte de estas poesías son de allá por el año de 1850, cuando yo tenia veinte años y *era poeta*.

De entónces acá, entre una mujer, una enfermedad y varios cómicos, han hecho de mí una cualquier cosa.

Tales como las escribí, las imprimo; están (ya lo sé) incorrectas, pero no he querido limarlas, temiendo que perdieran en frescura lo que ganaran en correccion.

¡CORAZON!

—

Toma un consejo, Fabio,
aunque te le doy yo que no soy sabio;
seca tu corazon, si es que lo tienes,
y obtendrás en el mundo muchos bienes;
que ya es cosa corriente
que pueda andar sin corazon la gente,
y causa muchos ménos malos ratos
andar sin corazon que sin zapatos.
¡Llámenme niño y loco
porque al llorar me rio
y con mi risa mi dolor provoco!
¿Dónde está el corazon? ¡Aquí está el mio!
De los demas no sé... ni ellos tampoco.
Bien haya el moceton que sin talento
estudia segundo año de farmacia
y vive muy contento
cuando al ver á su novia, *verbi-gracia*,
tomándola la mano que jabona

se la besa, y la dice que es tan mona...
y alarde haciendo de galan y rico
regala á la muchacha un abanico.
¡Y qué gran corazon tiene el muchacho!
Le costó treinta reales
en casa de un gabacho...
(no el corazon, señores,
sino el bello país de mil colores
donde están Abelardo y Eloisa
con justillo y en mangas de camisa...)
¿Dónde está el corazon, fuente escondida
de amor y de ventura,
rica joya perdida
entre la niebla oscura
del infierno sin fin que llaman vida?
¿Donde está el corazon y su grandeza,
y el manantial sabroso de placeres
que refleja del alma la pureza?...
Los hombres... las mujeres...
tienen el corazon... en la cabeza.
¡Ay! Pobre corazon, corazon mio,
¿por qué en tu cárcel con furor te agitas
y tu dolor irritas
tan hondo y tan impío?
Sécate, que es corriente
que pueda andar sin corazon la gente,
y causa muchos ménos malos ratos
andar sin corazon que sin zapatos.

Yo soy jóven, y tanto, que hay un pleito
sobre si ya me afeito ó no me afeito:
soy muy jóven... en breve
cumpliré diez y nueve
años, edad feliz que entre ilusiones
duerme los juveniles corazones.

Soy dichoso, y el caso es muy sencillo,
gozo á mi modo hablando
y me duermo esperando
que me mande el señor un tabardillo;
entre tanto vivamos y fumemos,
entre tanto fumemos y vivamos,
todos la mano al corazon llevamos...
no todos le tenemos.

Ea, paciencia y calma,
debe tomarse el tiempo como viene:
yo dejaré que mi alma se envenene;
¿qué importa á nadie que se muera mi alma?

Esto á reir provoca...
gentes con las que lucho,
reir de mi pesar... reir os toca...
abrid la boca mucho...
á ver si echais el alma por la boca.

Llamadme niño y loco
porque al llorar me rio
y con la risa mi dolor provoco.
¿Dónde está el corazon? Aquí está el mio,
de los demas no sé... ni ellos tampoco.

UN BUEN RECUERDO.

¿Recuerdas, Teresa mia,
que un dia tras otro dia,
satisfice tus antojos
más leves, y te decia
hermosa luz de mis ojos?
¡Ay, Teresa!
la fé que te juré ilesa
¿dónde fué?
Y de aquel amor, ¡ay triste!
que me juraste, ¿qué hiciste?
Ni lo sabes, ni lo sé.
De nuestra historia se infiere,
prenda del alma querida,
que todo pasa en la vida,
todo con el tiempo muere.

¡Cuánto te quise, alma mia!
ahora recuerdo risueño,
que en más de una noche fria
pude coger, dulce dueño,
por verte una pulmonía.
¡Ay, Teresa!
¡Cuánto amor nos embelesa!
Ya se ve,
hace cometer deslices
que por más que no los dices,
los sabes como los sé.
Y de tu olvido se infiere
aquella verdad sabida,
que todo pasa en la vida,
todo con el tiempo muere.

—

Logrando de amor la palma
y admirando tus hechizos,
recuerdo que en dulce calma,
me entretuve, alma del alma,
en despeinarte los rizos.
Tú, Teresa,
jurabas guardarme ilesa
tierna fe...
¿Dónde fué desde aquel dia?
¿Adónde, Teresa mia?

Ni lo sabes, ni lo sé.
¡Ay! De ese olvido se infiere
aquella verdad sabida,
que todo pasa en la vida,
todo con el tiempo muere.

—

Ántes con rostro risueño,
con amorosa sorpresa
me recibias, mi dueño,
y hoy al verme pones ceño...
¡Cómo cambiamos, Teresa!
Sí, paloma,
aquel amor era broma,
bien lo sé.
Ambos dominar quisimos
y ambos á duo mentimos
con la mejor buena fe.
Nos cansamos y se infiere
de aquí la verdad sabida,
que todo pasa en la vida,
todo con el tiempo muere.

—

Me han dicho que con Mateo,
que es un bendito de Dios

(y por los hechos lo creo),
te casaste, á las dos
semanas de galanteo.
¡Ay, Teresa!
á tiempo hiciste la presa,
porque el tal,
aunque estuviera en Belén,
si te conociera bien
se portaria muy mal.
Y más si alguien le dijere
como una cosa sabida,
que todo pasa en la vida,
todo con el tiempo muere.

—

Adios, y no tengas penas
por las escenas que sabes
de aquellas noches serenas...
que yo guardo con cien llaves
la historia de esas escenas.
Sí, Teresa,
aun mi amistad se interesa
por tu bien,
y anhelo de corazon
que Dios bendiga tu union
por siempre jamas, amén.

¡MUJERES!

—

El nombre no recuerdo á punto fijo
de un apóstol que dijo:
«de Dios el hombre es gloria,
del hombre la mujer es otro tanto.»
Yo, repasando mi amorosa historia,
no puedo estar conforme con el santo,
porque me acuerdo con pesar eterno
de mujeres, ya dulces ó ya esquivas,
que en vez de ser mi gloria ¡voto á cribas!
sólo han sido mi infierno.
Una con calculado desden frio
dejó en mi corazon yerto un vacío;
otra, ceder fingiendo á mi deseo,
me enseñó del amor el lado feo:
otra en el alma mia
haciendo presa, en su impudencia loca

envenenó el aliento de su boca
las ilusiones ¡ay! que yo tenia;
y otra... y otras despues, á cual más bellas,
fueron á cual peores todas ellas;
y con tantos vaivenes,
hermosos males y mezquinos bienes,
celos, incertidumbres
y mudanza contínua de costumbres,
saqué sólo en la liza
el triste corazon hecho ceniza.
Desencantado y pobre el pensamiento
(y lo que yo más siento),
mi juventud, de puro mal parada,
parece una vejez bien conservada.
¡Ay! ¿para qué me sirve la existencia
muerta la luz de mi esperanza hermosa?
Nada tengo... sí tengo, la experiencia,
que segun dicen, es una gran cosa;
por ella vemos que el amor nos daña,
que el que se dice amigo nos engaña
y que cuanto en la tierra se sustenta,
es por operacion de compra y venta.
Y con tanta experiencia,
acabamos un dia
por bendecir la dulce pulmonía
que nos lleva de Dios á la presencia.
Todos estos placeres
á vosotras debemos ¡oh mujeres!

Yo, por más que os esté reconocido
á la experiencia que me habeis legado,
lloro por el perdido
hermoso tiempo en que viví engañado,
que es el único tiempo que he vivido.
Estas razones tengo
poderosas, por eso no convengo
con... no recuerdo el nombre á punto fijo
el apóstol que dijo
«de Dios el hombre es gloria,
del hombre la mujer es otro tanto;»
yo, repasando mi amorosa historia,
no puedo estar conforme con el santo.

LIBRERIA É IMPRENTA DE EDUARDO MARTINEZ PRINCIPE, 25, MADRID

¡ADIOS!

Adios idolatrada prenda mia,
¡y al decirte este adios cuánto he llorado!
Con este adios que el corazon te envía
huyeron de mi pecho enamorado
las ilusiones ¡ay! que yo tenia;
no te guardo rencor, nada te arguya;
no me supiste amar, no es culpa tuya.
Culpa es del cielo, pues á Dios le plugo
que fuera tan hermosa mi verdugo.
¡Cómo ha de ser! En este mundo amargo,
lo mejor del camino es no ser largo;
y aunque es áspera y triste mi carrera,
yo con resignacion la voy andando,
pues tengo una esperanza lisonjera
que estoy acariciando:

¡lo que he de descansar cuando me muera!
Bajo la losa fria
no quemará la ardiente frente mia,
y estará descansado
el pobre corazon enamorado,
cuando al servir de postre en una broma
el gusano más gordo se le coma.
Como padezco tanto, me cautiva
esa eterna terrible perspectiva.
Ménos de Dios, de todos olvidado,
ni un recuerdo tendré de lo pasado,
y Dios hará justicia
al alma sin ventura
que estuvo á más altura
que el mundo y que su estúpida malicia.
La favorable y la contraria suerte
en el dintel se paran de la muerte.
Y en tanto que el doctor me la receta,
veré desvanecerse una por una,
mis ricas ilusiones de fortuna,
mis encantados sueños de poeta...
Adios, por siempre adios, sueños queridos;
en la cuna os mecí de mis amores,
tambien con mis amores fuísteis idos,
dejando al corazon sólo dolores.
Yo, errante peregrino,
la tierra ingrata con mi llanto riego,
y sigo á tropezones mi camino

solo, desamparado, pobre y ciego.
¡Ay! Adios otra vez, luz de mi vida;
estas ardientes lágrimas que lloro,
á mi esperanza dan la despedida...
me matas la esperanza, y aun te adoro.

¡UN AÑO!

—

¡Un año ya, Dios mio!
¡Roto de nuestro amor el lazo estrecho,
y aun al verla con loco desvarío
se quiere el corazon saltar del pecho!
¡Ay! Pobre corazon enamorado;
fué su juguete hallándole flamante
y al verle estropeado
le apartó con el pié, siguió adelante;
y él todavía llora
por la ingrata mujer en quien adora,
porque del mundo en la confusa gresca
no sabe el corazon lo que se pesca.
¡Pobre de mí! Pensé que el desengaño
al matar mi ilusion me mataria;
pero á la muerte y al placer extraño

ví resbalar un dia y otro dia,
muriendo de dolor, viviendo un año.
Y me tiene por Dios de asombro lleno
(esto es, muy asombrado)
que hallándome del alma desahuciado,
me encuentre de salud bastante bueno. (1)
¡Ay humana miseria!
¿Quién ha de ver con calma,
que, aunque es tan bella y tan sublime el alma,
domina sobre el alma la materia?
Y á fe que esto es un hecho:
un enfermo del pecho,
si encuentra una muchacha que le quiere,
es feliz, muy feliz, pero se muere;
y otro de complexion mejor templado,
si la esperanza de su amor se trunca,
vivirá como nunca desgraciado,
pero vivirá sano como nunca;
si bien es caso cierto
que sufre el mismo mal que sufrió el muerto,
pues no hay dolor que compararse pueda
al que tras del amor al alma queda,
y pues causó el amor mil padeceres,
hago esta exposicion á las mujeres.
«Doleos de mi llanto,

---

(1) Lo estaba cuando escribí estos versos.

»y puesto que olvidais tan presto y tanto,
»si tengo entre vosotras una amiga,
»en caridad la pido,
»que se acerque y me diga
»en dónde está la fuente del olvido.

Á ...

—

¡Ay! ¿Por qué te despiertas del letargo
en que te sumergia el desaliento,
amante corazon, si más amargo
pruebas al despertar el sentimiento?
¿Por qué pretende del camino largo
reposar el cansado pensamiento
en la mujer que arrebató en un dia
la última ilusion del alma mia?

—

La dulce vaguedad de los sentidos;
la flor de la esperanza en luz bañada;
los tiernos melancólicos sonidos
de una celeste música soñada;
del corazon amante los latidos;
los besos de la boca enamorada...

todo pasó, robando en su partida
la hermosa primavera de mi vida.

—

Adios, por siempre adios; aun á mis ojos
en ardiente raudal siento que brota
llanto de sangre, últimos despojos
de mi ilusion enamorada y rota...
En los hinchados párpados y rojos
siento abrasarse su abrasada gota...
¡Ay! ¿Por qué no sois ya, lágrimas mias,
dulces y amantes como en otros dias?

—

Sólo lo sabes tú, triste abatida,
como yo; blasfemando del destino,
como yo; desgarrada y dolorida
tu alma de serafin, que á llorar vino,
vas cruzando el desierto de la vida
sin hallar paz ni sombra en tu camino,
bañando en llanto estéril sin consuelo
los claros ojos del azul del cielo.

—

¡Pobre Aurora sin luz, flor sin aroma,
muertos están tu corazon y el mio;
tú tambien, como yo, blanca paloma
flotas sin esperanza en el vacío;

á cada sol que en el Oriente asoma
crece nuestro dolor y nuestro hastío!...
¿Quién al vernos tan jóvenes diria
lo infelices que son tu alma y la mia?

—

Mas no llores, el mundo nos convida
á su insolente báquica algazara;
llevemos á la fiesta entretenida
gozo en el corazon, risa en la cara...
Bella es la juventud, bella es la vida,
bellos los goces que el amor prepara...
Alza los ojos, aunque estés llorando,
mira que el mundo nos está mirando.

¡BAILAD, HIJOS!

No mireis mi ceño adusto:
seguid, ilustres varones,
que luciendo el bello busto,
dais al alma tanto gusto
con menear los talones.

—

Seguid; ninguna simpleza
vuestra danza eterna es,
ya que á la naturaleza
plugo daros en los piés
lo que os negó en la cabeza.

—

Música, y siga el *Betlhen* (1),

(1) Belen.

mis lágrimas ó mi risa
ni pena ni gloria os den;
más aprisa... más aprisa
bailad, hijos... ¡bien... muy bien!

—

¡Arriba! No descanseis,
jóvenes, los que estais prontos
á bailar, que aunque baileis
mucho, y mucho os atonteis,
nunca podreis ser más tontos.

—

Niña que en el baile ves
á tu amante, amante al uso,
le amas... bailando... eso es,
para algo el señor os puso
el corazon en los piés.

—

«Tú eres mi esperanza sola,»
entre dientes le dirás

al hacer una cabriola;
y él bailará más y más...
bravo, bien... ruede la bola.

—

Seguid, danzantes eternos,
que aunque os pareis para oir,
no podremos entendernos,
y me habreis de perseguir
danzando... hasta los infiernos.

—

Bailad, miéntras voy llorando
pesares de mi alma herida;
para vosotros la vida
es cosa muy divertida,
porque la pasais... bailando.

—

Bailad, bailad; defendiendo
siga cada cual su bando,
por razones que yo entiendo
los unos viven bailando
y otros ¡ay! viven... muriendo.

LIBRERIA E IMPRENTA DE EDUARDO MARTINEZ PRINCIPE 25 MADRID

Bailad, que mi risa en pos
os perseguirá en mi nombre;
porque quién, sin que se asombre,
dirá al ver bailando un hombre...
¡esta es la imágen de Dios!

—

Música, y siga el belen,
mis lágrimas ó mi risa
ni pena ni gloria os den;
más aprisa... más aprisa
bailad, hijos... ¡bien... muy bien!

ALMA, BUEN VIAJE.

CARIÑOSO RECUERDO Á MI AMIGO EL SEÑOR DON SALVADOR COSTANZO.

¿La amistad? ¿El amor? ¡Qué tontería!
Tengo mil desperfectos,
porque á esos dos afectos
les consagraba culto noche y dia;
quise, y tal me trataron
amigos y mujeres,
que tras vanos placeres
amargos desengaños me dejaron.
Hoy quiero en mi egoismo
ser tan solo el amigo de mí mismo,
y quererme y cuidarme,
sin dárseme un adarme,
ni un ardite siquiera
del mundo; vaya el mundo como quiera.
Id al diablo, ilusiones las que un dia
con remontado vuelo

en alas de mi loca fantasía
tocásteis en el cielo.
Idos, y no torneis á mi memoria,
sueños de gloria que el mortal no alcanza:
murió mi afan de gloria
cuando murió la luz de mi esperanza.
Hace ya muchas noches que no duermo,
por más que lo procure,
y tengo, sin doctor que mi mal cure,
marchito el corazon y el juicio enfermo;
y todo por vosotros, pensamientos
que á docenas y á cientos
venís á todas horas á embestirme;
y os divertís conmigo.
Pues desde hoy más os digo,
que no quiero pensar por no morirme,
y por ver si me pongo gordo y sano,
he de gastar, sin que me importe un cuerno,
zapatillas de orillo en el invierno
y sombrero de paja en el verano;
y usar ancha la ropa,
y acostarme á las diez y andar despacio,
y marcharme á palacio
para escuchar la música de tropa.
No me importa que el mundo se me a,
ni me llame ignorante, estrafalario;
yo saldré con la mia,
vistiendo en ropería

y leyendo á lo más el calendario;
quemo mis mamotretos,
y todas mis quintillas y tercetos
conseguiré ¡oh placer! perder de vista;
Disfrutaré... comiendo calamares,
y á ver, si ahogando en vino mis pesares,
consigo ser feliz siendo egoista.

—

¡Alma, pobre alma mia,
vuélvete al cielo,
que por ser alma buena
ya no te quiero!
Mejor me cuadra,
para vivir dichoso,
vivir sin alma.

—

Alma, tú que eres blanca
como la nieve
sin explicar el cómo,
negra te vuelves.
De tan buen negro,
que pareces ser alma
de un *carbonero*.

Negro el corazon tengo
y las entrañas,
negros los pensamientos
y negra el alma...
¡Anda, salero!
por Dios que estoy famoso
para un entierro.

—

Con que, alma, buen viaje
que aunque eres negra,
tienes el fondo blanco
y eres muy buena.
Mejor me cuadra
para vivir dichoso,
vivir sin alma.

—

Y cuando el angelito
de la trompeta,
pegando resoplidos
me llame á cuentas,
pago si debo.
¡Quiera Dios que no vaya
á los infiernos!

SUCEDIDO.

—

En una buñolería
de la calle de la Fe,
acometiendo á una fuente
que se agota sin correr,
junto á una jarra sin asa,
con un diario por mantel,
convirtiendo en tenedores
los dedos como la pez,
en amor y compañía
están entrambos á tres,
aceitosos los hocicos
y aguardentosa la nuez.
Felipa la cigarrera,
su chacho el cabo furriel,
y el zapatero Martin,
oriundo de Lavapiés.
No se escucha otro rumor

que el de la boca al moler,
y los quejidos de un perro
que gime por que le den,
y tanto llega á gemir
que le dan un puntapié.
— Larga, chucho, dice el cabo,
y dice Martin, — ¿por qué
maltrata usté á ese animal?
Soldado agreste, ¿no ve
que el perro es un español
que no tiene qué comer?
— ¿Es tuyo el perro? Pregunta
el cabo, y responde aquél:
— No es mio, que es de una perra
que le parió en Aranjuez.
(Es de advertir que Martin
dicen que ha querido bien
á Felipa, y no hace mucho
tuvieron los dos que ver,
y el cabo que estaba al cabo
de toda la cosa... pues...
está el hombre como... vamos...
ya se deja suponer.)
Y sobre si por el perro,
y sobre si fué ó no fué,
se *araña* Martin la faja,
y sacando el alfiler,
empieza á arreglar la panza

á un cigarro de papel;
y al cabo que fuma puro
le da gana de toser,
y ya comienza el *percheo*,
y los dos se hablan de usté,
y el buñolero las *guilla*
diciendo — va á ver belen; —
y le da *soplo* al sereno
para que á la vista esté.
— Pechito forrao en hierro
por tener blanda la piel,
casaca de dos colores
que se vuelve veintitres;
coracerito de broma,
soldadito de papel,
no me busque las cosquillas
porque las suelo tener.
Pregunte usté en la plazuela
quién soy yo, y lo sabrá usté.
Soy un madrileño chico,
zapatero de despues,
y más liberal que Riego
y más bebeor que diez;
y como soy zapatero
en cuanto me dan el pié,
me suelo tomar la mano
y creo que hago muy bien;
en cuanto hay sangre en la calle,

viénenme en seguida á ver
el comisario del barrio
y el celaor del cuartel.
Las tapias del Saladero
se alegran cuando me ven,
y se cuartean de pena
en cuanto que falto un mes.
Mi nombre es bien conocido
en casa de cada juez,
y de cada tabernero
y de cada... ¿entiende usté?
Saque usté pronto ese sabre
que parece un arrabel,
y véngase al callejon
y sabremos lo que es.
— Santiago y á él — grita el cabo,
y haciendo el cuarteo bien,
como *contra infantería*
le larga el número tres;
y salió Martin rodando,
echando á rodar tambien
el contenido de un vaso
que no era para beber.
Rascándose con el peine
se pone Felipa en pie,
y echa dos tacos redondos
y dice: — Vamos á ver,
que está en medio una señora

con su vergüenza y su aquél.
Ven aquí, cabo Reguero,
tú lo mismo, Martin, ven
y límpiate las narices
que están de yo no sé qué.
Tirria le tienes al cabo
debiéndole de querer,
porque por tu honor velaba
miéntras tú dormias bien.
Los moros nuestra bandera
trataron á puntapiés.
¿Sabes que sinificaba
Martin el trapito aquél?
Sinificaba pisar
la tierra que te dió el sér,
la iglesia de tu bautizo,
el campo santo en que estén
junto á tus padres, tus hijos,
la casa de tu mujer;
y este hombre, y los otros hombres
que fueron con *O'donéll*,
miéntras te atracabas tú,
padecian hambre y sed;
y ensancharon el estrecho
á pesar de su estrechez,
y lucharon contra el cólera
y le supieron vencer,
y á los moros les mataron

por cada cristiano diez.
(Y no hay que decir que no
se baten los moros bien,
que vencer pobre enemigo
seria pobre vencer.)
Para ser como nosotros
sólo les falta tal vez
creer en la vírgen María
y nacer en Lavapiés.
Tirria le tienes al cabo,
envidia debe de ser,
porque ese pobre galon
de estambre, como le ves,
sinifica muchas leguas
de suelo africano que
ha andao en favor de España
y de la reina Isabel.
No te ofendas porque yo
le quiera con buen querer,
que soy española neta
y me entusiasmo tambien,
y el que se pica, ajos come,
y haber hecho lo que él. —
Cogió de la manga al cabo,
se sonó con el reves
de la mano, y los dos juntos
se llegaron á perder
por entre unos callejones

en donde apénas se ve.
Martin se quedó corrido
cuanto se puede correr
un hombre que está parado,
y dijo dando un traspié:
— Si sólo por patriotismo
pagan las mozas tan bien,
como se vuelva á armar otra,
yo soy el que toma á Fez.

REALIDADES Y RECUERDOS.

—

ÁNTES.

—¿Y me quieres, mi bien?
—¡Oh, con locura!
— ¿Me olvidarás?
— Jamas.
Siempre estaré embriagado en tu hermosura.
— ¿Nunca me olvidarás?
Ni yo á tí de seguro
no te podré olvidar.
— ¡Oh ventura sin fin!
—¡Qué amor tan puro!
— ¡Qué dicha es el amar!

DESPUES.

— ¡Y cómo has engordado!
— ¡Qué quieres! Con la edad...

Tengo ya treinta y tres...
— ¡Ay! Han pasado
quince años, es verdad.
¡Y te has casado!
— Sí, tengo tres niños;
uno está ya en caton;
hazlos muchos cariños,
mira qué lindos son.
— Sí, son bonitos; ¿y éste?
— ¿Este? Este es el menor,
no tiene un año aun.
— ¡Jesus qué peste!
No puedo soportar el mal olor.

ÁNTES.

Quiero cantar, quiero dar
mi voz al viento violento
y su furia dominar...
¡¡Cuál seria mi tormento
si no pudiera cantar!!

DESPUES.

«Y se desmaya la dama,
» y de ese modo indiscreto

»dice á don Juan que le ama;»
lo que es el drama es de *efecto*.
¿Cuánto me valdrá este drama?

ÁNTES.

Matilde, Irene, Ascension,
Fernanda, Antonia, ¡qué hermosas!
Leocadia, Encarnacion...
¡Todas las mujeres son
deliciosas, deliciosas!...

DESPUES.

Luisa, la linda viudita,
me da una cita esta noche;
pero tan léjos me invita...
Nada... no voy á la cita
como no me mande coche...

HOY.

¿A dónde están los dias
de mis enamoradas alegrías?
¿Dónde está mi caballo volador?

LIBRERIA E IMPRENTA DE EDUARDO MARTINEZ PRINCIPE 25 MADRID SUCESOR DE ESPINOSA

¿A dónde están mis dulces poesías?
¿Dónde aquel corazon que siempre amaba
y nunca se encontraba
harto y cansado de placer y amor?
Cuando los años iban de partida
derramando la vida y la salud...
Ahora no tengo ni salud ni vida...
Adios mi juventud.
Ya no puedo cantar, no encuentro notas
para entonar dulcísima cancion:
muda la lira está, las cuerdas rotas...
Adios inspiracion.
¡Inspiracion y juventud querida,
á un mismo tiempo me dejais las dos!
Recibid el adios de despedida.
¡Ay! para siempre adios.

LA GUERRA CIVIL.

A S. M. EL REY DON ALFONSO XII.

EN LAS GUERRILLAS.

— Lidiar y vencer... zis... zás...
— Vencer ó morir... pun... poon...
— ¡Madre de mi corazon,
no volveré á verte más!

CAMINO DEL HOSPITAL.

— Nos han tomado la plaza
y hemos perdido la accion;
se ha portado el batallon
de cazadores de Baza.
— ¡Ah, cruel! ¡Ah, inhumano!

— ¿Por qué te enojas?
— Me enojo
porque me ha dejado cojo
el batallon de mi hermano.

EN EL HOSPITAL.

— ¿A ver esa pierna? ¡Malo!
Hay que cortarla.
— ¡Ay de mí!
— Y te quedas bueno.
— ¡Sí,
con una pierna de palo!

EN EL CUARTEL GENERAL.

— Dar una carga al contrario
por todo el flanco derecho,
siempre presentando el pecho
(yo llevo mi escapulario.)
— ¡Bien la artillería! Allí
abajo, una bala rasa
ha destechado una casa.
— ¡La casa donde nací!

EN EL CEMENTERIO.

— Ganaron muriendo, á fé,
el laurel de la victoria.
— Al hoyo...
— Téngase usté;
una lápida mortuoria,
una inscripcion...
— ¿Para qué?

AL REY.

Esta, señor, es la suerte
del que leal combatió
por su patria y por su rey
y la santa religion.
Vencedor es de su hermano,
ved quién sale vencedor;
lisiado, se muere de hambre;
muerto, que le ampare Dios.
¿Y su madre? ¡Pobre madre!
Abrigo en su casa dió
al que disparó la bala
sobre el hijo de su amor.
¡Esto es horrible, es horrible!

No habiendo extraña nacion
que invada nuestro terreno,
¡sucumbir á un vil complot!
¡Maldito aquel que teniendo
sueños de ambicion feroz,
hace pedazos la España
para llevarse un giron!
¡Ay! ¿A quién volver los ojos
en tanto conflicto? A vos,
vos, señor, que habeis vencido
con las armas del perdon;
vos, que de la juventud
llevais en la frente el sol,
conquistad, señor, la paz,
la paz que bendijo Dios.
Y España *entónces con honra*,
y la católica union,
por vos elevará muchas,
muchas preces al Señor,
y entónces sereis, Rey mio,
la gloria de la Nacion.

ROMANCE.

Pasa el dia: negras sombras
entoldan el cielo azul:
todo lo envuelve la noche
en su lúgubre capuz;
el mundo rendido duerme
y entregado á su quietud,
unos oyen dulces sones
como el canto del querub,
soñando amores dulcísimos,
y otros en aras de su
ambicion, se creen señores
de Milan y de Stambul...
Silencio por donde quiera...
sólo se escucha el rum, rum,
del jugador que trasnocha
para perder un albur.
¡Todos duermen! Y yo en vela,

á la Madre de Jesus
pidiéndola que me mate
ó me vuelva la salud.

. . . . . .

. . . . . .

Despierta otra vez el mundo
y en algazara comun,
se mezclan y se confunden
el pordiosero y el dux;
todos andan y yo inmóvil
sigo en la misma actitud,
teniendo envidia al que pide
por el que murió en la cruz;
pero ¿quién sabe? El que es jóven...
y yo soy jóven aun...
¡Soy jóven, y hace quince años
vegeto en un ataud!...
pero ¿quién sabe? Quizá
luzca algun dia en que un
milagro, pueda salvarme,
de la Madre de Jesus...
¡Vírgen pura, Vírgen Madre
del que es padre de la luz,
mi consuelo es mi esperanza
y mi esperanza eres Tú!

UN DESTELLO.

La juventud se me va,
el talento se me fué,
sólo de él me resta ya
algun destello quizá
que quizá lumbre no dé.
Y de cualquiera manera
pienso yo al pensar en ello,
que es una desdicha fiera
que el que tenia una hoguera
tenga tan sólo un destello.
Hoguera que se apagó
cuando tomaba incremento,
y ni ceniza quedó
cuando enfurecido el viento
de mi desdicha sopló.
Dentro de mí mismo estoy,
y conozco que no soy

ni sombra de lo que fuí:
«aprended flores de mí
lo que va de ayer á hoy».
Si recuerdo al escritor,
hago versos ¡ay dolor!
endebles, tibios y flojos,
unos mancos y otros cojos
y todos á cual peor.
Pretendo hilvanar un drama
(yo que he sido autor dramático
de los que gozaban fama)
y urdo muy clara la trama
y me falta lo enigmático.
Yo he nacido para amar,
voy á cantar el amor
y enmudezco al empezar.
¿Cómo poderle cantar
si me falta lo mejor?
¿Cómo he de poder decir:
— soy el poeta que vengo
á sentir y hacer sentir?
¿Cómo escribir si no tengo
estro ya para escribir?
Adios santa inspiracion,
adios las que en mi ilusion
me fingísteis una gloria,
tanto, que aun vuestra memoria
refresca mi corazon.

Muerto ya vuestro reflejo,
es en balde si me quejo,
he conocido harto pronto
que estoy viejo, enfermo y tonto,
que estoy tonto, enfermo y viejo.
Adios, vosotras quizás
marchais de la dicha en pos,
¡y tú, juventud, te vas
para no volver jamas!
Adios, juventud, adios.
Déjame aquí devorando
á solas mi ardiente lloro;
desde aquí os veré callando,
pero os miraré llorando
porque callando os adoro.
. . . . . .
. . . . . .
Tal vez, lector, hallarás
en estos versos talento,
¡cuán equivocado estas!
no le tengo, no te miento,
es un *destello* no más.

LA VÍRGEN DE LA PALOMA.

Enfermo se encuentra el niño,
y su madre, que le adora,
vierte lágrimas amargas
y no sale de su alcoba.
En vano de la botica
apuró todas las drogas;
en vano del arte médico
se agotó la ciencia toda;
nadie puede dar la vida
á aquella flor que se troncha,
á aquella luz que se extingue
y que merma hora por hora.
Se duerme, la calentura
le rinde al fin y le postra.
La madre afligida entónces
toma una vela, llorosa,

y le encomienda á la Vírgen,
la Vírgen de la Paloma.

—

— He tenido un sueño, madre,
que mis sentidos conforta;
soñaba que se acercaba
á mi lado una Señora,
vestido de negro el cuerpo
la frente de blancas tocas;
y cogiéndome las manos
entre las suyas hermosas,
—Vive, niño, me decia,
vive, tu madre te adora.
Y me besaba en la frente.
¡Bendita sea tu boca! —

—

Ya está bueno el niño; juega
y corre la casa toda.
Su madre le lleva al templo:
— Hijo, las rodillas dobla,
y da gracias á la Vírgen
porque la salud te torna.
— Si haré: ¡ay madre, es Ella, es Ella!
— ¿Quién es? — Aquella Señora

que cuando yo estaba enfermo
fué á visitarme á mi alcoba,
la que tomando mis manos
entre las suyas hermosas,
—Vive, niño, me decia,
vive, tu madre te adora,
la que me besó en la frente...
¡Bendita sea tu boca! —
— ¡Bendita sea la Vírgen,
la Vírgen de la Paloma!

ESTE SOY YO.

Niñas, las que estais sin novio,
las que admitís más de dos,
las desechadas de todos,
acudid, que aquí estoy yo;
y de la que me conquiste
la primera, suyo soy.
Llevo quince años baldado
con la paciencia de Job,
(y digo que con la suya
porque con la mia no);
pero en poniéndome bueno,
(¡no es mala la condicion!)
me caso, no hay más, me caso
en paz y en gracia de Dios,
si hallo una desventurada
que no me diga que no;

LIBRERIA IMPRENTA
DE EDUARDO MARTINEZ
PRINCIPE 25 MADRID
SUCESOR DE

aunque mirándolo bien
yo soy una proporcion:
seis mil y quinientos reales
de viudedad dejo yo,
más valgo muerto que vivo,
¡esta es una cosa atroz!
Voy á haceros de mi vida
una exacta relacion;
niñas, escuchadme bien,
oido al toque, éste soy yo.
Llámome Narciso Serra,
y fué sin duda irrision
en nominarme *Narciso*,
y el cura cuando lo oyó,
bautizándome, exclamaba:
— «Espinas tiene esta flor.» —
Perdí mi padre muy niño,
que el cielo se lo llevó
en castigo de haberme hecho
tan feo y tan camastron.
Latin y filosofía
cursé, francés por *Chantreau*,
fuí militar, estudiante,
autor dramático, actor,
empleado... y ahí me estaba
contando mi sueldo al sol,
cuando siento un golpe y ¡zás!
cae el brazo á su extension,

y tenia pierna y brazo
insensibles al dolor,
mas por desventura mia
sin movimiento los dos.
¡De esto hace ya quince años
y nunca voy á mejor!
La libertad, libertándome,
me ha dejado sin turron;
si no me censuro á mí
ya de nadie soy censor (1);
pero tengo libertad
y canto el *toron*, *toron*...
Si pan hubiera tambien
seria mucho mejor:
soy un mancebo pelado
(por no llamarme pelon),
descendiente de Lain Calvo
de una manera precoz.
Por tener sólo un cabello
pienso que soy la ocasion;
asidme de él, hijas mias,
á ver si se parte ó no.
Tengo en los ojos dos niñas
que juegan al *alimon*,
y que en punto á ver dineros
cada una vale por dos;

(1) Era censor de teatros.

me parezco al tigre, en que
cuando hambriento, soy feroz;
pero estando bien comido
me duermo como un liron.
Ya lo sabeis, hijas mias,
cuando me permita Dios
mover esta pierna izquierda,
no hay remedio, vuestro soy;
no os podeis llamar á engaño,
pues os dí mi filiacion
tal cual es... Tened presente,
solteras, que éste soy yo.

ESTRELLA.

Burlóse un hombre de Estrella
cuando ella más le queria,
y un perro que ella tenia
triste estaba como ella;
y conociendo su yerro,
dijo con dolor profundo:
— *Hay hombres en este mundo*
que valen ménos que un perro.

¿CON QUIEN ME CASO?

¿Con quién me casaré yo?
Y ello es preciso, porque
si se me muere mi madre
(y cumplió setenta ayer)
quedo con la enfermedad
y cerçano á la vejez;
solo, lo mismo que un hongo,
sin quien me cuide, ni quien...
necesito una familia,
una esposa... ¡qué placer!
Tener á mi lado un ángel
y decirle: —Dulce bien,
¿me quieres mucho? —Remucho.
— Pues dame un abrazo. — Y diez.
Y cuando tenga dinero,
entregarlo de una vez,

sin cuidar si gasto tanto
á la semana ó al mes;
vivir de su misma vida,
aspirar su aliento ¡ay! me...
Tambien en mi juventud
tambien soñaba, tambien,
y aun me duele el corazon
recordando la que amé,
y ella, la desconocida,
ingrata, mala mujer,
¡ay! se vendió y me vendió,
Dios la dé la gloria, amén.
No era entónces *señoría*
como lo he sido despues,
pero tenia salud,
juventud y buena fe,
y la adoraba, y por ella
hubiera llegado á ser...
en fin, aquello pasó,
aquello ha muerto: soñé.
Veamos, para casarme,
á quién tenderé la red.
¿Con Julia? No, que esa sabe
más que yo, sabe el inglés,
y tal vez me despreciara
en algun dia, porque
debiéndole como debo
á las letras el comer,

no sé traducir á *Byron*,
ni á *Milton* ni á *Marmontel*.
¿Con Adela? ¡Qué bonita!
Tiene una mano y un pié,
y unos ojos... unos ojos
que arden y me hacen arder.
Es una niña muy mona,
pero es una niña, esto es;
yo tengo cuarenta y cinco,
cerca de cuarenta y seis,
y ella veintitres ó muy
poco más de veintitres;
ahora tal cual, pero dentro
de pocos años, de diez,
ella estará en lo más fuerte
y yo en lo más flojo, ¡qué!
ni tendré alientos siquiera
para abrocharle el *corsét*,
y aunque ella es muy virtuosa
no la debo yo exponer...
¡Ah! Rafaela... esa sí
que me conviene, es mujer
que tiene treinta y un nueve
que es muy parecido á un diez,
y muy religiosa ¡vaya!
se confiesa cada mes,
y á cada golpe de pecho
hace temblar la pared;

pero es tan séria, tan seca...
tiene tanta rigidez,
que si ahora me da respeto,
digo, qué será despues.
¿Con Celedonia? ¿Con Juana?
¿Con Pepa? ¿Con Isabel?
Esto es, queriéndome ellas,
que vaya usted á saber,
nada, nada, lo mejor
es fijar este cartel:
«Yo (y me glorío de serlo)
soy dulce como la miel,
y dejo cuando me muera
viudedad de brigadier;
allá, por mis verdes años,
mi corazon corrió bien,
y un yerro que cometió
á hierro se le curé.
Un corazon os ofrezco
curado á hierro; esto es,
tengo el corazon vacante,
¿quién quiere vivir con él? (1).

---

(1) Vivo calle de Segovia
y número veintiseis;
dirigirse por escrito
dándome noticias de
la individua y condiciones,
y ya veremos despues.

LOS OJOS NEGROS.

A LA SEÑORITA C. B.

De unos negros esclavo
(que son tus ojos),
no hallo en ninguna parte
paz ni reposo.
Doquier me encuentro,
estoy siempre mirando
los ojos negros.

—

Si me miran airados,
quedo vencido;
si me miran alegres,
pierdo el sentido;
Dulces ó fieros,
me matan con mirarme
los ojos negros.

Aunque es su tiranía
un mal muy fuerte,
el romper mis cadenas
fuera mi muerte.
¡Ay, ojos negros,
tambien sois de mi alma
vosotros dueños!

Á MÍ MISMO.

Me alegro estar baldado, así no ando
por esas calles en el ancho mundo
con muchos miserables codeando,
en mi rostro mostrando
mi malestar profundo.
Me alegro estar baldado, así no escucho
al baladron que en el café vocea
que se ha batido mucho,
y que ha vencido siempre en la pelea.
Que el gobierno es ingrato
y que la horma hallará de su zapato
cuando se vuelva á armar una asonada
y se ponga él en una barricada.
Me alegro estar baldado, así no encuentro
al hermano de muchas cofradías,
que de la iglesia siempre se halla dentro,

viejo conocedor de sacristías,
que cuando un pobre, en fin, sale á su encuentro,
no sólo no le da, sino le quita;
pues le desacredita
ante los ojos de la honrada gente,
diciendo que él *no da para aguardiente.*

Me alegro estar baldado, así no veo
al actor ignorante é infatuado,
gran cómico en la calle y en paseo,
adocenado histrion en el tablado,
rechazar con desden un manuscrito
porque *no tiene nombre quien le ha escrito,*
y aunque sea muy bueno
se debe de llevar á otro terreno;
pero para que él le represente
tiene que ser de autor muy eminente.

Me alegro estar baldado, así no topo
al petardista que hasta mí se atreve,
grandísimo galopo,
y que á costa de todos come y bebe.
Y á mí me elogia un drama,
y á éste que es militar su buena fama,
y á éste que es abogado su elocuencia,
y al que empleado está su dependencia,
y paga con un cuento ó con un chiste
la mísera moneda que le diste.

¡Oh! Nada de esto pasa
en mi tranquila casa,

en barrio tan extraño que de noche
es cosa rara que le cruce un coche;
en donde las vecinas
tienen en el arroyo sus gallinas,
y los buenos vecinos
(que casi siempre están entre dos vinos)
hasta el domingo ya muy de corrida
duermen la mona semanal cumplida.
Aquí vivo tranquilo, acompañado
de Ruiz, Moreto, Calderon y Lope,
y como estoy baldado
y no puedo salir, no hay miedo tope
con el terron de acíbar disfrazado
que quiere hacer pasarse por arrope.
Y á no ser por disgustos más de cuatro
que me dan los actores del teatro,
viviria dichoso trabajando
mi feliz baldadura bendiciendo,
mil gracias á Dios dando,
porque me libra de vivir muriendo,
sentándome feliz en acabando,
cuando el trabajo cesa,
en mi modesta, pero limpia mesa.
Yo tengo que escribir, no hay más remedio;
tengo á las gentes que quitar el tedio,
porque soy pobre y ellos tan benditos
que pagan mis escritos.
¡Ah! Yo nací muy rico, esto es lo cierto,

y á poco me quedé pobre, tan pobre,
que no tenia sobre...
— es la pura verdad — que caerme muerto.
Gané despues dineros á montones,
gracias á mi constancia en la tarea
y mi amistad con don Julian Romea.
Pero me acometieron las pasiones,
y estando apasionado
me quedé sin un cuarto y entrampado;
y tenia salud y la he perdido,
tenia juventud y se ha pasado,
y me hallo encanecido,
y mísero y baldado,
y ha muerto *el gran actor gloria del arte*
y he muerto yo (á lo ménos en gran parte).
Por esto, y porque vivo medio muerto,
me acomoda vivir este desierto,
y me deleita la apacible calma
de esta calle tranquila,
porque no pasa un alma
y que mi habitacion clara ventila.
Dichosa baldadura
que me impide correr al mundo loco;
te debo la ventura,
te debo el aislamiento, que no es poco.
¡Ah! No tendria nada que pedir
si pudiera comer sin escribir.

ADIOS, AMOR.

Vamos á cuentas, Amor,
que tal estoy, que me atrevo
á ponerte como nuevo,
pues tengo muy mal humor.
¿Qué me debes? Ó yo á tí,
¿qué te debo? Malos ratos;
nunca hubo entre los dos tratos
ventajosos para mí.
Yo sé lo que digo, y sé
que me hallo cuerdo y muy cuerdo,
y como de ayer me acuerdo
de la primera vez que amé.
Yo era entónces un buen mozo
(sin hacer á nadie agravio),
robusto y fuerte, mi labio
apénas sombreaba el bozo.
Rico, de jóven ventura,

LIBRERIA E IMPRENTA DE EDUARDO MARTINEZ PRINCIPE, 25, MADRID PROVEEDOR DE ESCRIBANOS

dentro del alma tenia
tesoros de poesía,
mares de amante ternura.
Juzgando límite estrecho
el pecho donde vivia,
entónces no me cabia
el corazon en el pecho.
Entónces una mujer
á mis ojos se presenta,
gira en mi redor y aumenta
la vaguedad de su sér.
Andaba sin hacer ruido,
vaporosa, vaga, esbelta,
yo veia á cada vuelta
desvanecerse el sentido.
Girar... y girar... despues
alzando una punta el velo
me hizo entrever un cielo,
y caí loco á sus piés.
La dí todo el corazon,
y en mi cariño profundo,
hubiera quemado el mundo
en aras de mi pasion.
Y ella ¿qué hizo? Jugar
con el corazon flamante,
sin detenerse un instante
ni para oirle llorar.
Hasta que al fin le vendió

de la noche á la mañana,
y muy tranquila y ufana
le abandonó y se casó,
con cierto feo adalid
que no sé de dónde viene,
pero que sí sé que tiene
muchas casas en Madrid.
De desaire tan soez
culpé á mi mala eleccion,
y el herido corazon
amó por segunda vez.
Mentira, aquel no era amor,
no era mútua confianza,
fuente de fe y esperanza,
gruta de dulce calor.
Era un estar siempre inquieto,
siempre recelando el mal,
era tener un dogal
á la garganta sujeto.
Era no poder salir,
no poder hablar ni ver,
era... ¡Gran Dios, qué mujer!
No me dejaba vivir.
Siempre los celos por norte;
me movia cruda guerra,
y de seguro me entierra
á no abandonar la corte.
Miedo por fin le cobré

y por mi vida temí,
y cuando ausente la ví
libre al cabo respiré.
Amemos la vez tercera
me dije á mí, — ¡voto á tal!
Pues han salido tan mal
la segunda y la primera.
Y amé por tercera vez
á una mujer de tez pura,
no hay en el mundo blancura
tan blanca como su tez.
Al recordarla, se alegra
mi sér, luégo un ¡ay! arranca
que no hay una tez tan blanca,
pero no hay alma tan negra.
Supe á poco que inquirí,
y con pena, ¡vive Dios!
que les decia á otros dos
lo que me decia á mí.
A pesar de ser tan guapo
como entónces era yo...
y la dejé, y me dejó
el corazon hecho un trapo.
La cuarta vez, quinta, sexta,
y la sétima y octava,
novena y décima, amaba
con una coraza puesta,
que servia de parar

los golpes que amor me dió,
pero coraza que no
me dejaba respirar.
Si estas lágrimas que bebo,
si estas desdichas que alcanzo,
si estos suspiros que lanzo
es lo único que te debo;
te debo las amarguras
de mi pobre corazon:
si éstas tus venturas son,
reniego de tus venturas.
Déjame en mi santa calma
sin despertar los sentidos,
que con los ojos dormidos
tenga adormecida el alma.
Y á otros les brinda el solaz
que tu programa promete,
yo te conozco, Amor, vete,
agur, y déjame en paz.

¡AY DE MI!

Pobre de mí que me quejo
y mis quejas lleva el aire,
y ni las siente ninguno
ni me las escucha nadie,
ni nadie me las responde
ni con nadie se comparten,
y con mis pesares vivo
y vivo de mis pesares;
todo á mi redor tristeza,
todo mi presente afanes,
oigo sólo el susurrado
rezo de mi pobre madre.
¡Santa mujer! Ella reza
y encuentra alivio á sus males,
y yo la escucho y la veo
admirando su fe grande.

De cuando en cuando su ruido
el mundo á mi cuarto trae,
sin que á su bullicio pueda
por desventura mezclarme;
y aun soy jóven y aun conservo
enteras mis facultades.
¡Ah! Pero más todavía
lo era quince años ántes
y hace ya quince años
que me cogió la parálisis;
esto es horrible, Dios mio,
¡vivir sin vivir! Acaben
de una vez tantos tormentos
aunque con mi vida pasen:
si es expiacion, me parece
que ya he expiado bastante;
si prueba, bastante ha sido;
si justicia, oh Dios, apiádate
de mi existencia infeliz
mátame, Señor, mátame!

Á ...***

¡Te has casado, y no conmigo!
Hágate Dios muy feliz
y te perdone el dolor
que al saberlo padecí.
Haces bien, yo estoy enfermo
y ya no valgo un tarin;
déjame que enfermo y triste
y solo me pudra aquí;
el alma está buena, pero
no se puede distinguir.
Mas tenia un corazon
y era sólo para tí;
un corazon como un mundo,
y allá en mi edad juvenil
(porque mi amor era viejo),
todo entero te le dí;
y era hermoso, y era fuerte,

y era leal y feliz,
y tú jugando con él
le has llegado á destruir.
No conozco á tu marido,
nunca he visto su perfil,
sé que es muy bruto, y sé que
tiene casas en Madrid;
y sé tambien que es tramposo
porque tiene pleitos, y
aunque él sabe urdirlas bien,
puede que tropiece al fin
con otro que sepa más
y le cante el *parce mihi*.
Dé gracias á su fortuna,
porque de no ser así,
no fueras tú su mujer
y no fuera yo infeliz.
Si te han vendido lo mismo
que á un pedazo de terliz,
ó has casado enamorada
(que no lo creo, que al fin
soy más jóven, no muy feo,
y con cierta *vis comique*),
me es igual, dada ó vendida
ya no has de ser para mí,
porque yo no he de tratar
de intentarte seducir,
Te he querido demasiado

para quererte yo así;
en fin, has asegurado
un brillante porvenir;
no te faltarán vestidos,
ni botas, ni guantes, ni
pañuelos; de la mantilla
hasta el limpio calcetin,
irá muy bien puesto el cuerpo,
pero en el alma está el quid.
No tendrás tranquila el alma,
porque andará por allí
vagando la sombra mia
y te quitará el dormir,
tantos recuerdos de gloria
(que me los debes á mí),
en tu memoria estarán
con incesante bullir,
y el ver á tu lado un hombre
sin inteligencia, y sin
sentimiento delicado,
no puede hacerte feliz.
Tú lo has querido, alma mia,
tú le quisiste elegir,
sigue con él tu camino,
házle si puedes feliz.
Yo ya no soy ni poeta;
yo era poeta por tí.
¡Ay! ¡Cuántos años perdidos

de padecer y sufrir!
¡Ay! ¡Cuántos soles nublados
de mi vida en el cenit.
Dáles besos á tus hijos,
aunque de tí para mí,
si se parecen al padre
será un ganado ruïn;
no te digo cómo estoy,
¿qué te se importa de mí?
Memorias á tu mamá,
que sabe más que Merlin,
pues escurre bien el bulto
cuando la conviene huir.
Si tropezara contigo
por las calles al salir,
(fuera el tropezon segundo
pues ya tropecé y caí),
haciendo que no me ves
tu ruta debes seguir.
Yo haré cuenta que te has muerto
y te has muerto para mí.
Adios, sueños encantados,
adios, venturas sin fin,
á las que yo acariciaba
desde mi edad juvenil;
os mataron á traicion
y ya no podeis vivir;
hecho un trapo me devuelves

el corazon que te dí,
tan hermoso y tan lozano
y tan fuerte y tan feliz.
Adios, sueños; adios, gloria;
adios, fe; adios, porvenir.
Yo ya no soy ni poeta,
yo era poeta por tí.

ÍNDICE.

PÁGS.

Á S. M. el Rey D. Alfonso XII. 3
El por qué escribo yo este libro. 5
Matador y Santo (leyenda). 11
El alma errante (cuento). 47
Baltasar *Raya* (leyenda). 73
El mejor galan (tradicion). 115
La confesion de un muerto (cuento). 127

POESÍAS.

Corazon. 151
Un buen recuerdo. 155
¡Mujeres! 159
¡Adios! 163
¡Un año! 167
A ...*** 171
¡Bailad, hijos! 175
Alma, buen viaje. 179
Sucedido. 183
Realidades y recuerdos. 191
La guerra civil. 195
Romance. 199
Un destello. 201
La Vírgen de la Paloma. 205
Este soy yo. 209
Estrella. 213
¿Con quién me caso? 215
Los ojos negros. 219
Á mí mismo. 221
Adios, amor. 225
¡Ay de mí! 231
Á ...*** 233

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

COMEDIAS.

Mi Mamá.
Marica-Enreda, (con don Juan Dot.)
Las Ferias de Madrid, (con D. Juan Dot.
Cómo se rompen palabras, (con D. Cayetano Suricalday.)
La boda de Quevedo.
¡En crisis!
Un Huésped del otro mundo.
Con el Diablo á cuchilladas.
El alma del rey García.
Sin prueba plena.
Un Hombre importante.
Don Tomás.
El reló de San Plácido.
La calle de la Montera.
El querer y el rascar...
Los Infieles, (con D. Luis Mariano de Larra.)
El Amor y la Gaceta.
El todo por el todo.
A la puerta del cuartel.
El bien tardío. (Segunda parte de el Loco de la guardilla.)
Amor, poder y pelucas.
Amar por señas. (*Refundicion.*)
La Oveja descarriada.
Las dos Hermanas.
Todos al baile.
Dos Napoleones.
Perdonar nos manda Dios.
Las Desdichas de un buen mozo, con D. M. Pina

ZARZUELAS.

Zampa, (con D. Miguel Pastorfido.)
Harry, el Diablo, (con don Miguel Pastorfido.)
El último mono...
Nadie se muere hasta que Dios quiere.
Don Genaro.
La edad en la boca.
Una historia en un meson.
El Loco de la guardilla.
Luz y sombra.
Entre bastidores.
Flor de los Cielos.
El gran dia.

POESÍAS LÍRICAS.

Un tomo en 8.° de 240 páginas.
Leyendas, cuentos y poesías.

Esta obra se halla de venta al precio de
Madrid y 10 en provincias.

Los pedidos se dirigirán á Eduardo Martine
del Príncipe, 25, librería, Madrid.